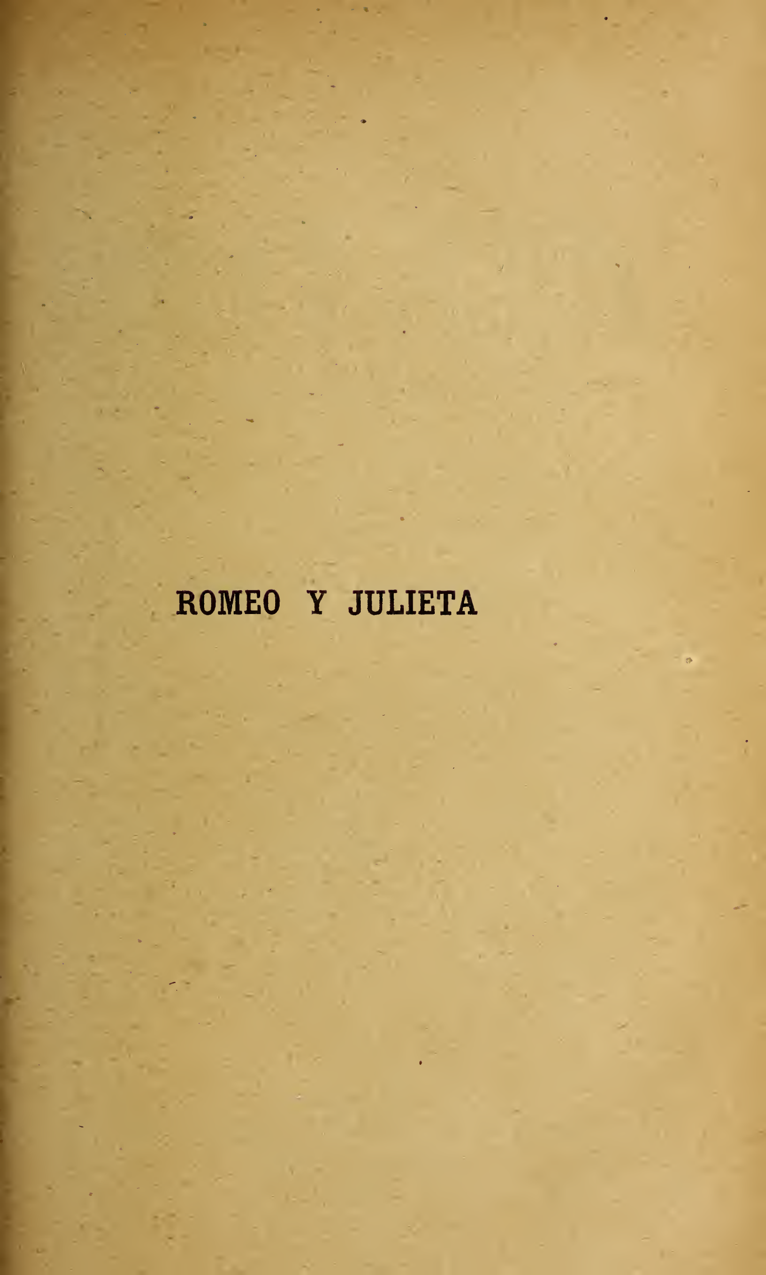
SHAKESPEARE

Romeo y Julieta

Tragedia en cinco actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913



ROMEO Y JULIETA

—

El presente arreglo ha sido escrito sirviendo de base la traducción literal e íntegra que tengo hecha de la grandiosa tragedia de Shakespeare que lleva el mismo título.

El final de la obra, salvo ligeras modificaciones en algún detalle, es el mismo del gran dramaturgo inglés; desenlace menos conocido del público que concurre a nuestros teatros, pero de mayor intensidad dramática que el compuesto por Garrick y adoptado más tarde por Ernesto Rossi, Cesare Turati y otros célebres actores.

WILLIAM SHAKESPEARE

ROMEO Y JULIETA

Tragedia en cinco actos

Traducción del inglés y arreglo para la escena española

por

J. ROVIRALTA BORRELL



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

PERSONAJES

LA SEÑORA DE CAPULETO.
JULIETA, hija de Capuleto.
LA NODRIZA de Julieta.
MONTESCO } Jefes de dos familias enemistadas entre sí.
CAPULETO }
CAPULETO 2.°, primo del otro Capuleto.
ROMEO, hijo de Montesco.
FRAY LORENZO, fraile franciscano.
ESCALO, príncipe de Verona.
MERCUCIO, pariente del príncipe y amigo de Romeo.
BENVOLIO, sobrino de Montesco.
TIBALDO, sobrino de Capuleto.
EL CONDE PARIS, joven noble, pariente del príncipe.
UN BOTICARIO
SANSÓN } criados de la casa de Capuleto.
GREGORIO }
BALTASAR } criados de la casa de Montesco.
ABRAHAM }
EL PAJE del Conde Paris.

Pajes, criados, máscaras, guardias, ciudadanos de Verona, etc.

Escena: en Verona, excepto en el cuadro primero del acto quinto, que pasa en Mantua, a principios del siglo XIV.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una plaza de Verona

ESCENA PRIMERA

SANSÓN y GREGORIO, de la casa de Capuleto, armados con espadas.

SANS. A fe mía, Gregorio, que no dejaremos que nos echen una albarda encima.

GREG. Claro que no, porque entonces nos tomarían por acémilas.

SANS. Quiero decir que si montamos en cólera, sacaremos a relucir la herramienta.

GREG. Procura que en tu vida se te ponga tal cosa en la cabeza.

SANS. Yo pego al punto cuando me mueven, y para moverme basta un perro de la casa de Montesco.

GREG. Entonces empieza a sacar tu garrancha, que aquí vienen dos de la casa de los Montescos. (Desenvainan.)

ESCENA II

Dichos, BALTASAR y ABRAHAM; después BENVOLIO

SANS. Ya está desnuda mi arma. Provócalos; yo te guardaré las espaldas.

GREG. ¡Cómo! ¿Volviendo las tuyas y echando a correr?

SANS. De mí no temas.

GREG. No, pardiez; ¡yo tener miedo de ti!

SANS. Hagamos por tener la ley de nuestra parte: que empiecen ellos.

GREG. Yo frunciré el gesto al pasar, y que lo tomen como les dé la gana.

SANS. No tal, sino como se atrevan. Yo haré una mueca al pasar por su lado, y será una mengua para ellos si lo toleran.

BALT. (A Sansón.) ¿Va para nosotros la mueca esa, caballero? (Con marcada ironía.)

SANS. Ciertamente, yo hago una mueca, caballero.

BALT. (Levantando la voz y recalcando las palabras.) ¿Va para nosotros la mueca esa, caballero?

SANS. (A Gregorio.) (¿Está de nuestra parte la ley si digo que sí?)

GREG. No.

SANS. (A Baltasar.) No, señor. Yo no hago tal mueca para vosotros precisamente; pero lo cierto es que yo hago una mueca.

GREG. ¿Buscáis camorra?

BALT. ¿Camorra, decís?

SANS. Si la buscáis, caballero, estoy a vuestra disposición. Sirvo a un amo que vale tanto como el vuestro.

BALT. Pero no vale más.

SANS. No digo que no.

GREG. (A Sansón.) Di que vale más. Aquí viene un pariente de mi amo.

SANS. (A Baltasar.) Pues sí, señor: vale más.

BALT. Mentís.

SANS. Desenvainad, si sois hombres. Gregorio, no olvides tu famosa estocada. (Pelean.)

BEN. Separaos, majaderos. Envainad las espadas. (Abate las espadas de ambos.)

ESCENA III

Dichos y TIBALDO

TIB. (A Benvolio.) ¡Hola, hola! ¿Con el hierro desnudo entre esos cobardes canallas? Vuélvete, Benvolio, y mira por tu vida. (Desenvaina.)

BEN. Ciño ne a mantener la paz. Conque, envaina tu acero, o bien empléalo para ayudarme a separar esa gente.

TIB. ¡Habráse visto! ¡Espada en mano y hablar de paz! Odio esa palabra como odio al infierno, a todos los Montescos y a ti. ¡Defiéndete, cobarde! (Pelean.)

ESCENA IV

Dichos, CAPULETO, MONTESCO y varios individuos de uno y otro bando, que toman parte en la refriega; entran luego varios Guardias y Ciudadanos armados con garrotes y picas.

VARIOS CIUDS. ¡A ellos! ¡a ellos!
CIUD. 1.º ¡Vengan garrotes y picas!
CIUD. 2.º ¡Pegad de firme!
VARIOS CIUDS. ¡Duro, duro!
CIUD. 3.º ¡Dad en tierra con ellos!
VARIOS CIUDS. ¡Abajo los Capuletos!
OTROS CIUDS. del lado opuesto. ¡Abajo los Montescos!
UNOS CIUDS. ¡A ellos!
OTROS CIUDS. ¡A ellos!

ESCENA V

Dichos, el PRÍNCIPE con su acompañamiento

EL PRÍNC. Súbditos revoltosos, enemigos de la paz, profanadores de ese acero tinto en sangre de vuestros conciudadanos... ¡Qué! ¿No

me escucháis? (Los dos bandos van cejando poco a poco en la pelea.) Ea, vosotros, hombres, fieras, que apagáis el fuego de vuestra saña cruel con purpúreos manantiales que brotan de vuestras venas; bajo pena de tormento arrojad de esas manos sangrientas vuestras armas, y oid la sentencia de vuestro airado Príncipe. Por vos, anciano Capuleto, y por vos, Montesco, tres reyertas intestinas han turbado el sosiego de las calles de Verona. Si en lo venidero promovéis nuevos disturbios, vuestras vidas pagarán el quebranto de la paz. Retiraos todos. (Vanse todos, menos Montesco y Benvolio.)

ESCENA VI

MONTESCO y BENVOLIO

MONT. Dime, sobrino: ¿dónde está mi hijo Romeo? ¿Le viste hoy? ¿Tomó parte en la refriega?

BEN. Señor, esta mañana, una hora antes que el sol asomara por los balcones de Oriente, cierta inquietud me impulsó a salir de casa, y allí, en el bosquecillo de sicomoros que se extiende al occidente de la ciudad, divisé a vuestro hijo. Fuíme hacia él, pero advirtiendo Romeo mi presencia, se internó en lo más umbrío de la arboleda.

MONT. Más de una mañana se le ha visto allí acrecentando con sus lágrimas el fresco rocío matinal. Esta melancolía tendrá un fin deplorable y funesto si un buen consejo no logra extirpar la causa.

BEN. ¿Conocéis tal causa, mi noble tío?

MONT. Ni la conozco ni puedo conseguir que él me la descubra.

BEN. ¿Y no le habéis apremiado por algún medio?

MONT. No solamente yo, pero también varios amigos. Mas Romeo se muestra tan reservado e impenetrable como el capullo de una flor roido por aleve gusano. Si tan siquiera alcanzáramos a saber de qué dimanan sus cuitas, tanto empeño tendríamos en remediarlas como en conocerlas.

ESCENA VII

Dichos y ROMEO, que entra por el foro, lentamente y con aire triste

BEN. Vedle; ahí viene. Tened a bien retiraros. O muy reservado se mostrará conmigo, o yo sabré cual es el quebranto que le aflige.

MONT. (Estrechando la mano de Benvolio.) ¡Pluguiera a Dios fueses bastante afortunado en tu porfía para oir una confesión sincera! (Vase.)

BEN. Felices días, primo. ¿Tan tempranito por aquí?

ROMEO ¡Qué! ¿Tan poco entrado es el día?

BEN. Acaban de dar las nueve.

ROMEO ¡Ay de mí! ¡Cuán interminables parecen las horas tristes!

BEN. ¿Qué pesadumbre es esa que dilata tus horas?

ROMEO El no poseer aquello cuya posesión las abrevia.

BEN. ¿Estás enamorado?

ROMEO Enajenado...

BEN. ¿De amor?

ROMEO De verme privado de los favores de aquella a quien adoro.

BEN. ¡Ah! ¡Que el amor, tan dulce en la apariencia, haya de ser tan cruel y tirano en la realidad!

ROMEO (Con marcada transición.) ¡Cielos! ¿Qué reyerta hubo aquí? ¡Ah! Mucho da que hacer el odio, pero aun más el amor. ¡Oh, sí! ¡Amor pendenciero, odio amoroso, un todo

de nada creado, informe caos de formas seductoras, fuego helado, salud enfermiza, sueño siempre desvelado que no es lo que es! Tal es el amor que yo siento, sin sentir en él amor alguno. ¿No te ríes, Benvolio?

BEN. No, primo; antes lloro.

ROMEO ¿De qué, corazón compasivo?

BEN. Del agobio de tu tierno corazón.

ROMEO Pues ahí verás: tal es el delito de la amistad. Mis propios pesares abruman mi pecho, y tú acabas de abrumarlo acreciendo mis dolores con los tuyos. ¡Amor! humo engendrado por el hálito de los suspiros, discretísima locura, hiel que sofoca, almíbar que sustenta... Adiós, adiós, primo.

BEN. ¿Te vas ya? Espera un momento. Quiero acompañarte. Si de tal suerte me dejas, mal te portas conmigo.

ROMEO No digas eso. Ya no sé donde estoy. Este que aquí ves no es Romeo. Romeo está en otra parte.

BEN. Dime: ¿de quién estás enamorado? Habla con seriedad.

ROMEO ¡Con seriedad! Pues qué, ¿tendré yo que decírtelo gimiendo?

BEN. ¡Gimiendo! No tal, pero dime formalmente quién es esa persona.

ROMEO En serio y desgraciadamente, primo, adoro a una mujer.

BEN. Había dado en el hito al suponer yo que estabas enamorado.

ROMEO ¡Excelente tirador! Y es de una belleza espléndida la mujer a quien amo.

BEN. Un blanco espléndido, gentil primo, es muy fácil de acertar.

ROMEO Pues mira, en eso no acertaste; no hay manera de que la saeta de Cupido haga blanco en ella.

BEN. ¿Y eso?

ROMEO Tiene el espíritu de Diana, y bien protegida con la resistente armadura de su casti-

dad, vive al abrigo del infantil y endeble arco del Amor.

BEN. Entonces habrá hecho voto de vivir en perpetua castidad.

ROMEO Así es: ha jurado renunciar al amor, y con tal voto vivo yo muerto, que sólo vivo para contártelo en este momento.

BEN. Sigue mi consejo: no pienses más en ella.

ROMEO ¡Ah! Enséñame, pues, como pueda yo dejar de pensar.

BEN. Dando libertad a tus ojos. Fíjate en otras beldades.

ROMEO Tal medio conduciría a que yo pensara aún más en la incomparable belleza de Rosalina.

BEN. Desengáñate, querido Romeo: un fuego extingue el ardor de otro; un dolor se mitiga con el sufrimiento de otro dolor; un pesar extremado se remedia con la aflicción que otro causara...

ROMEO No prosigas, Benvolio. Todo eso es agua de cerrajas para mi mal.

ESCENA VIII

BENVOLIO, ROMEO y SANSÓN

SANS. (¡Cuidado que tiene gracia eso! Me mandan que vaya a buscar las personas cuyos nombres están aquí escritos, y el caso es que, como no sé leer, nunca sabré yo qué nombres son esos que hay en este papel. No tendré más remedio que acudir a una persona entendida... ¡A propósito!) (Dirigiéndose a Benvolio y saludando, gorro en mano. Romeo se aleja unos pasos.)

BEN. Buenos días, buen hombre.

SANS. Buenos os los dé Dios. Permitidme, señor, ¿sabríais leerme lo que dice este papelito? (Desdoblándolo y entregándolo a Benvolio.)

BEN. (Leyendo.) «El señor Martino, su esposa e

hijas; el conde Anselmo y sus agraciadas hermanas; la señora viuda de Vitruvio; el señor Placencio y sus simpáticas sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi primo Capuleto con su esposa e hijas; la hechicera Rosalina; (Hace una pausa mirando al mismo tiempo a Romeo, que está como abstraído); el señor Valencio y su primo Tibaldo; Lucio y la vivaracha Elena.» (Devolviendo el papel.) ¡Brillante reunión! ¿Y dónde es?

SANS. En nuestra casa.

BEN. Pero ¿en casa de quién?

SANS. Pues en la de mi amo.

BEN. ¿Y quién es tu amo?

SANS. ¿No lo sabéis? Ahora os lo diré: mi amo es el riquísimo Capuleto, que, siguiendo una antigua costumbre de familia, da esta noche una gran fiesta, para la cual invita a todas esas personas que dice este papel, y si no sois de la casa de los Montescos, venid a vaciar una copita de excelente vino. Vaya, ¡divertirse! (Vase.)

BEN. (Dirigiéndose a Romeo.) Atiende, caro primo. No puede ofrecerse una ocasión mejor que esta. Nuestro enemigo Capuleto da esta noche una brillante fiesta para la cual ha invitado a numerosas personas de su aprecio, y en esta misma fiesta, juntamente con todas las admiradas beldades de Verona, cena tu encantadora Rosalina. Vamos allá...

ROMEO ¡Cómo! ¿A casa de Capuleto? ¿Del mayor enemigo de nuestra familia?

BEN. ¡Bah! ¿Qué importa eso? Nos presentamos disfrazados y cubierto el rostro con antifaz para que nadie nos conozca, y una vez allí, con ojos desapasionados, compara la belleza de tu dama con muchas otras que se ofrecerán a nuestra vista.

ROMEO ¡Una mujer más bella que mi amada! El sol que todo lo ve, nunca vió su igual desde que el mundo empezó a existir.

BEN. ¡Calla, calla! Tú la viste hermosa porque, no habiendo otra a su lado, se equilibró ella sola en la balanza de tus ojos. Pero contrapesa tu dueño adorado con alguna otra doncella que yo te mostraré resplandeciente en esta fiesta de los Capuletos, y entonces apenas te parecerá bien la que ahora te parece superior.

ROMEO Te acompañaré, querido primo, no para que me muestres el espectáculo de semejantes beldades, sino para recrearme en el esplendor de mi Rosalina.

ESCENA IX

BENVOLIO, ROMEO y MERCUCIO

MER. Felices días, amigos.

BEN. A buen punto llegas, querido Mercucio. Estábamos hablando de la brillante fiesta que dan los Capuletos esta noche. ¿Piensas tú ir?

MER. Con mil amores. ¿Qué mayor placer para mí que verme rodeado de frescos capullos femeniles? Pero eso sí, necesito un estuche en que poner mi rostro; una careta para otra careta. ¿Qué me importará a mí entonces que algún ojo curioso advierta mis defectos? Los mofletes de cartón se ruborizarán por mí.

BEN. Dices bien. Y gracias al antifaz nos colamos dentro sin andarnos en requilorios. Bailamos, nos divertimos a discreción, y luego, ¡buenas noches!

ROMEO Yo no estoy por contoneos ni danzas. Eso lo dejo para vosotros, que tenéis el ánimo regocijado.

MER. ¡Quita, quita allá, querido Romeo! No hay más: quieras que no, hemos de obligarte a bailar.

ROMEO No, creedme. Tengo el corazón cruelmen-

te herido; caigo agobiado bajo la abrumadora carga del amor.

MER. Y a caerle tú encima, aplastarías al Amor con tu peso; harto grande opresión para un sér tan tierno.

ROMEO ¡Tierno el amor! Es demasiado rudo, demasiado brutal, demasiado violento, y pincha como el abrojo.

MER. Si amor te pincha a ti, pínchale tú a él, y cátale rendido. Ea, ven, que estamos alumbrando al sol.

ROMEO ¿Qué estás ahí diciendo?

MER. Quiero decir, caro amigo, que con esas dilaciones perdemos el tiempo lastimosamente, como si fuera una luz encendida en pleno día. Toma mis palabras en su verdadero sentido.

ROMEO Vamos, pues, al baile. Pero, hablando con franqueza, me parece una falta de sentido lo que intentamos hacer.

MER. ¿Y puede saberse por qué?

ROMEO Mi corazón presiente que algún fatal suceso, todavía suspendido en los astros, va a comenzar su temible curso con los bulliciosos regocijos de esta noche, y pondrá prematuro término a esta vida odiosa encerrada en mi pecho. Pero guíe mi nave Aquel que gobierna el timón de mi existencia. Adelante, alegres camaradas.

BEN. y MER. Adelante. (Vanse.)

CUADRO SEGUNDO

Salón en casa de Capuleto.

ESCENA PRIMERA

La SEÑORA DE CAPULETO y la NODRIZA

SRA. CAP. Ama, ¿dónde está mi hija? Llámala.

NODR. Pues a fe que ya le he dicho que viniera.

(Llamando.) ¡Eh, corderita! ¡Pimpollo!... Pero ¿dónde se habrá metido esa chica?... ¡Julieta!... ¡Julieta!

ESCENA II

Dichas y JULIETA

JUL. ¿Qué ocurre? ¿Quién me llama?

NODR. Vuestra madre.

JUL. Heme aquí, señora. ¿Qué me mandáis?

SRA. CAP. Vas a saber de qué se trata. Ama, déjanos solas un momento. Tenemos que hablar reservadamente... Pero no, vuelve acá; ya puedes oir nuestro secreto. Bien sabes que mi hija tiene una edad razonable.

NODR. A fe que os puedo decir su edad sin equivocarme de una hora.

SRA. CAP. No ha cumplido aún catorce años.

NODRI. Apostaré catorce de mis dientes (aunque, con mucha pena lo digo, no tengo sino cuatro), a que ella no tiene catorce años todavía. ¿Cuánto falta para el día de Nuestra Señora de los Angeles?

SRA. CAP. Día más, día menos, un par de semanas.

NODR. Pues venga a pares o venga a nones, cabalmente en ese día del año, la víspera de Nuestra Señora de los Angeles por la noche, cumplirá catorce años. Mi Susana y ella tenían la misma edad. Lo recuerdo muy bien. Del terremoto aquel hace ahora once años, y justamente aquel mismo día fué cuando la destetamos. Porque entonces yo me había untado los pezones con acíbar y estaba sentada al sol junto á la pared del palomar. Pues, como decía, cuando la chiquilla cató el acíbar que había en la teta y lo encontró amargo, ¡pobre angelito! era de ver el mohín que hizo y como se enfurruñó con el pecho. En esto, el palomar empezó a tambalearse. No hubo

necesidad de que me dijeran que echase yo a correr; y desde aquel terremoto han pasado once años, porque entonces ella ya podía andar solita, y cabalmente el día antes se hizo un chichón en la frente, y entonces mi marido (de Dios goce su alma), —era un hombre muy chusco—levantó del suelo a la chiquilla y le dijo: «¡Vaya! ¿Te caes de bruces? Cuando tengas más juicio te caerás de espaldas. ¿No es éso, Julia?» Y por mi salvación, la bribonzuela cesó de llorar en seco, y dijo: «Sí.» Os aseguro que aunque viviera yo mil años, nunca lo olvidaría: «¿No es éso, Julia», dijo él, y la loquilla se reprimió y dijo: «Sí.» (Soltando la risa).

SRA. CAP. Basta ya de eso. Cállate, por favor.

NODR. Ya, ya, señora. Pero no puedo menos de reirme al recordarlo. Y eso que, os lo aseguro, tenía en la frente un chichón como una nuez y ella lloraba sin consuelo. «¿No es verdad, Julia?» Y la chiquilla se reprimió y dijo: «Sí.»

JUL. Y hazme el favor de reprimirte tú también, ama, te digo.

NODR. Sosiégate, ya he concluído. Tú fuiste la criatura más gachona que he criado jamás; y si llegara yo a vivir lo bastante para verte algún día casada, quedarían cumplidos mis deseos.

SRA. CAP. Precisamente de eso iba yo a hablar. Dime, Julieta, hija mía: ¿sientes inclinación a casarte?

JUL. Es un honor en que nunca había yo soñado.

NODR. ¡Un honor! Si no fuera yo tu única nodriza, diría que con la leche habías mamado la sabiduría.

SRA. CAP. Pues bien, hora es ya de pensar en el matrimonio. Aquí, en Verona, otras hay más jóvenes que tú y ya son madres. Así, pues, te lo diré en pocas palabras: el gallardo

conde Paris te solicita por esposa, y si tú correspondes a su afecto, puedes contar desde ahora con mi asentimiento y el de tu padre.

NODR. ¡El conde Paris! ¡Qué hombre, señorita! Es un hombre... vaya, ¡la mar! Digo, digo; si es una figura de cera.

SRA. CAP. La primavera de Verona no tiene flor alguna que le iguale.

NODR. ¡Vaya si es una flor! Una verdadera flor, a fe mía.

SRA. CAP. Esta noche misma le verás en nuestra fiesta. ¿Qué dices? Habla sin rodeos. ¿Verás con agrado el amor del conde Paris?

JUL. Veré de amarle, si es que el ver mueve el amar.

ESCENA III

Dichas y GREGORIO

GREG. Señora, llegan ya los convidados. Preguntan por vos y la señorita.

SRA. CAP. Te seguimos. Julieta, el conde está esperando.

NODR. (Acercándose a Julieta y dándole palmaditas en el hombro.) Ve, niña; busca felices noches a los días felices. (Vanse.)

CUADRO III

Abrese la puerta del foro, por la cual se descubre el salón de baile profusamente iluminado. De una parte a otra vense cruzar máscaras y otros concurrentes, parejas de bailarines, criados con bandejas, etc. Durante este cuadro entran y salen por la puerta del foro convidados, domésticos, etc , y a intervalos se oye tocar la música.

ESCENA PRIMERA

Entran por la puerta del foro CAPULETO 1.º y CAPULETO 2.º, que sostienen su diálogo paseándose por la escena.

CAP. 1.º Aprestaos a contemplar esta noche, en mi humilde mansión, estrellas que pisan la tierra eclipsando la luz del cielo. ¡Ah, caro primo! Nos viene de perlas la fiesta de hoy. ¿Cuánto tiempo hará de la última vez que estuvimos en un baile de máscaras?

CAP. 2.º ¡Virgen santa! Unos treinta años.

CAP. 1.º ¡Qué decís! No tanto, no tanto. De las bodas de Lucencio hace veinte y cinco años, y entonces nos disfrazamos.

CAP. 2.º Hace más tiempo, mucho más. Si su hijo tiene ya treinta años cumplidos.

CAP. 1.º No puede ser. Hace dos años que no había salido aún de tutela.

ESCENA II

Dichos y ROMEO con antifaz y disfrazado de peregrino; BENVOLIO y MERCUCIO, también con antifaz; después, otros convidados.

CAP. 1.º Bien venidos seáis, caballeros. En mis buenos tiempos también me ponía yo antifaz y sabía contar en voz baja al oido de una hermosa dama algún cuentecillo agradable; pero ¡se acabó, se acabó, se acabó! (A otros invitados que llegan.) Con bien vengáis, señores. Ea, que empiece la música. Despejar un poco y a bailar con pie ligero, niñas. Más luz, muchachos, más luz.

ESCENA III

Dichos y CRIADOS con luces. Oyese lejana música de baile. Entre TIBALDO y otros invitados, aparece JULIETA acompañada de un caballero.

ROMEO (Con la vista fija en Julieta.) ¿Qué dama será aquélla que enriquece la mano de aquel afortunado galán? ¡Oh! De ella debe aprender a brillar la luz de las antorchas. ¡Belleza harto exquisita para gozar de ella; harto preciosa para la tierra! Cual nívea paloma en medio de una bandada de cuervos, se ostenta esa dama entre sus compañeras. Luego que termine el baile, observaré donde vaya ella a colocarse, y con el contacto de su mano haré venturosa la mía. ¿Por dicha amó hasta ahora mi corazón? Jurad que no, ojos míos, pues hasta la noche presente jamás vi la verdadera hermosura.

TIB. (Por su voz, ese hombre debe de ser un Montesco. ¿Cómo se atreve el menguado a venir aquí, cubierto el rostro con anti-faz, para hacer befa y ludibrio de nuestra fiesta? A ser ello así, juró por el honor de mi familia que no tendría yo por pecado tenderle muerto a mis pies.)

CAP. ¿Qué acontece, sobrino? ¿Por qué así te alteras?

TIB. Tío, ese hombre es un Montesco, un adversario nuestro, que por despecho se ha presentado aquí para escarnecer nuestro brillante festín.

CAP. ¿No es el joven Romeo?

TIB. El mismo.

CAP. Sosiégate, caro sobrino, déjale en paz, pues se porta cual noble caballero. No quisiera yo, a trueque de todas las riquezas de la ciudad, inferirle en mi casa el menor agravio. Así, pues, depón ese ceño, ese talante fiero que tan mal cuadra en una fiesta.

TIB. Es el que mejor cuadra cuando entre los concurrentes hay un canalla como ese. ¡Es una vergüenza!

CAP. Vamos, haya paz, o de lo contrario... (A los que bailan.) ¡Bravamente, hijos míos! ¡Animarse, animarse! (Vasc.)

TIB. (Bien está. Voy a retirarme; pero esa intrusión, que ahora parece tan dulce, se trocará pronto en amarga hiel.) (Vasc.)

ESCENA IV

ROMEO, JULIETA y después la NODRIZA

ROMEO (Después de descubrirse el rostro, coge delicadamente la mano de Julieta.) Si con mi diestra, por demás indigna, profano yo ese santo sagrario, sea esta la dulce expiación: mis labios, cual dos ruborizados peregrinos, están prestos a suavizar con un tierno beso este rudo contacto. (Le besa respetuosamente la mano.)

JUL. (Sonriendo.) Buen peregrino, injusto en demasía sois con vuestra mano, que en esto sólo muestra respetuosa devoción. También los peregrinos tocan las manos de los santos, y enlazar palma con palma es el ósculo de los piadosos palmeros.

ROMEO ¿No tienen acaso labios los santos y también los piadosos palmeros?

JUL. Si tal, peregrino: labios que han de emplear en la oración.

ROMEO ¡Oh! Siendo así, santa adorada, permite que hagan los labios lo que hacen las manos; ellos te ruegan, accede tú, no sea que la fe se mude en desesperación. (Le besa la mano otra vez.)

JUL. Los santos no se mueven, aun cuando accedan a las súplicas.

ROMEO Entonces no te muevas mientras recojo el fruto de mis preces. Así, mediante tus la-

bios, los míos quedan limpios de pecado. (La besa.)

JUL. De esta suerte, pasó a mis labios el pecado que ellos han contraído...

ROMEO ¿Pecado contraído de mis labios? ¡Oh culpa deliciosamente transferida! Devuélveme, pues, el pecado mío: lo recibiré gustoso.

JUL. Tú besas en toda regla.

NODR. Señorita, vuestra señora madre desea deciros dos palabras. (Julieta reprime un movimiento de impaciencia, y después de saludar a Romeo con una afectuosa sonrisa, se retira.)

ESCENA V

ROMEO, la NODRIZA y BENVOLIO

ROMEO (A la Nodriza.) ¿Quién es su madre?

NODR. Pardiez, mancebo: ¿no lo sabéis? Su madre es la señora de la casa, y es una buena señora, prudente y virtuosa. Yo crié a su hija, esa con quien estábais hablando, y os aseguro que, como es hija única, aquel que logre pescarla tendrá no poco din. (Retírase.)

ROMEO ¿Es Capuleto ella? ¡Oh, cuán cara me sale la cuenta! Tengo la vida a merced de mi enemigo.

BEN. ¡Afuera! Vámonos; la fiesta ha llegado al colmo de su esplendor.

ROMEO Así lo temo, primo mío; y tanto mayor es mi inquietud. (Vanse Benvolio y Romeo.)

ESCENA VI

NODRIZA y JULIETA, que llega.

JUL. Ama, ven acá. ¿Quién es aquel caballero que ahora cruza la puerta?

NODR. Es el hijo del viejo Tiberio.

JUL. Y aquél que le sigue, que no quería bailar, ¿quién es?

NODR. Yo no sé.

JUL. Ve, pregunta su nombre. (Vase la Nodriza.) Si está casado, la tumba ha de ser mi lecho nupcial.

NODR. (Volviendo agitada.) Se llama Romeo, y es un Montesco, señorita, un Montesco, el hijo único de vuestro mayor enemigo.

JUL. ¡Mi único amor nacido de mi único odio! Harto tarde le conocí. ¡Portentoso fruto del amor es para mí, que tenga yo que amar a un enemigo execrado!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO I

Una calle de Verona. En uno de los lados, se ve la tapia de un jardín coronada por las copas de unos árboles. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MERCUCIO y BENVOLIO

BEN. ¿Pero dónde diablos se habrá metido ese Romeo?

MER. ¡Oh! Es un chico muy sesudo, y por mi vida, juraría que nos ha dado esquinazo para irse a acostar.

BEN. Tal vez no andará muy lejos de aquí. Llámale, amigo Mercucio.

MER. Más haré yo: le conjuraré también. ¿Romeo! ¡insano! ¡amante! Aparece en forma de suspiro; recita un verso siquiera, y me doy por satisfecho... Pero no oye ni se menea. El pobrecillo estará bien muerto, y no habrá más remedio que conjurarlo. ¡Por los brillantes ojos de Rosalina, por su alta frente y sus labios de coral, por su hechicero pie y su torneada pierna, yo te conjuro que te nos aparezcas en tu propia figura.

BEN. Si te oye, vas a darle un disgusto.

MER. No, eso no puede disgustarle: mi evocación es muy razonable y honesta.

BEN. Vamos, se habrá escondido entre esos árboles para estar en consorcio con la vaporosa noche. Su amor es ciego, y en ninguna parte se halla más a gusto que en la obscuridad.

MER. ¡Ah! Esa palíducha mujerzuela de corazón empedernido, esa Rosalina sin entrañas, le martiriza de un modo tal, que le ha puesto seco y enjuto como un arenque salado. ¡Ay carne, carne, cómo te has vuelto pescado!

BEN. ¡Pobre Romeo!

MÉR. Herido por los negros ojos de una descolorida mozuela; atravesado de parte a parte el oído con canciones amorosas; lacerado el mismo centro de su corazón por la certera flecha del ciego Cupido, seguramente puedes darle por muerto, o a lo menos acabará él por volverse loco. Vámonos, amigo Benvolio, que este lecho de campaña es demasiado frío para que pueda yo dormir.

BEN. Sí, vámonos; porque es trabajo perdido buscar en este sitio a quien no quiere ser encontrado. (Vanse.)

CUADRO II

Jardín de Capuleto, cercado de altas tapias. A la derecha del actor, la casa con una terraza. Noche de luna. Desde la parte exterior, Romeo escala el muro y salta cautelosamente al jardín.

ESCENA PRIMERA

ROMEO y poco después JULIETA

ROMEO ¿Cómo ir más lejos cuando mi corazón está aquí? Tierra inerte, encuentra tu centro.

(Aparece Julieta pensativa en el balcón, y después de un breve rato avanza lentamente hasta el extremo de la terraza y se sienta, perdida la mirada en el cielo estrellado.)

ROMEO Pero ¡silencio! ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquel balcón? Es el oriente, y Julieta el sol. Aparece, sol radiante, y mata la envidiosa luna que se pone pálida de sentimiento porque tú la aventajas en belleza. ¡Es mi dueño; es mi amor! ¡Ah! Si ella supiera que lo es!... (Adelantando lenta y recatadamente hacia Julieta.) Habla, pero nada deja oir; mas ¿qué importa? Hablan sus ojos, cuyo brillo avergonzaría los astros... ¡Ved como apoya la mejilla en su mano! ¡Ah! ¡si fuera yo guante de tal mano para poder tocar esa mejilla!

JUL (Suspirando.) (¡Ay de mí!)

ROMEO (Habla... ¡Oh, habla de nuevo, ángel esplendoroso!)

JUL. (¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo?... Niega a tu padre y desecha tu nombre; o si esto no quieres, júrame tan sólo que me amas, y al punto dejaré yo de ser Capuleto.)

ROMEO (¿Seguiré escuchando, o responderé a sus palabras?)

JUL. (Sólo tu nombre es mi enemigo. Tú eres tú mismo, seas o no seas Montesco. ¿Qué importa el nombre? La flor que llamamos rosa, ¿no exhalaría con cualquiera otra denominación el mismo grato perfume? Romeo, abdica tu nombre, y a trueque de ese nombre, que no forma parte de ti, tómame a mí entera).

ROMEO (Saliendo al descubierto y llegando al pie de la terraza.) Te cojo por la palabra: llámame tan sólo «amor mío», y haré cuanto dices. A partir de este instante, dejo de ser Romeo.

JUL. ¿Quién eres tú, que así envuelto en el manto de la noche, sorprendes mi secreto?

ROMEO Con un nombre no sé como expresarte

quien soy. Mi nombre, *santa adorada*, me es odioso, porque es para tí un enemigo.

JUL. Reconozco ese acento. ¿No eres tú Romeo y Montesco?

ROMEO Ni uno ni otro, hermosa niña, si te desplace cualquiera de los dos.

JUL. Pero dime: ¿cómo viniste aquí, y para qué? Este sitio es de muerte si te sorprende alguno de mis deudos.

ROMEO Con ligeras alas de amor salvé estos muros, pues no hay cerca de piedra que pueda atajar el amor, y aquello que el amor puede hacer, aquello osa intentar; así que, tus deudos no son estorbo para mí.

JUL. Te quitarán la vida si te descubren.

ROMEO ¡Ah! Mayor peligro hay en tus ojos que en veinte espadas de ellos. Mírame sólo con amor, y estoy fuerte contra su enemistad.

JUL. ¡Ay! Por todo el mundo no quisiera yo que te vieran en este sitio.

ROMEO Tengo el manto de la noche para ocultarme a sus miradas; y si no me amas, poco me importa que me hallen aquí. Vale más terminar mi vida siendo víctima de su odio, que diferir la muerte, falto de tu cariño.

JUL. ¿Quién fué tu guía para descubrir este sitio?

ROMEO Amor. No soy piloto, y a pesar de ello, aunque estuvieras tan lejos como la dilatada ribera que baña el más remoto mar, no vacilaría yo en arriesgarme por tan rico tesoro.

JUL. Bien sabes que cubre mi rostro el velo de la noche; de otra suerte verías de virginal rubor teñidas mis mejillas por lo que me oiste expresar. Gustosa quisiera yo guardar las formas; gustosa, sí, muy gustosa, quisiera negar cuanto dije. Mas, dejémonos de formalidades. ¿Me amas de veras?

ROMEO (Con embeleso.) ¡Oh...!

JUL. Si de veras me quieres, mi dulce Romeo, decláralo sin rebozo; o si tú imaginas tal vez que yo me dejo seducir sobrado pronto, me pondré ceñuda, seré esquiva, y así tendrás empeño en galantearme. A la verdad, gentil Montesco, la pasión me hace ser harto indiscreta. Sí; hubiera yo sido más reservada, debo confesarlo, a no haber tú oído por azar y antes que yo lo advirtiera, los apasionados desahogos de mi pecho. Perdóname, pues, y no achaques a liviano amor esta flaqueza mía, que así ha descubierto la obscura noche.

ROMEO Dueño mío, por esa luna bendita que platea las copas de estos árboles, te juro...

JUL. ¡Ah! No jures por la luna, por la inconstante luna que cambia todos los meses; no sea que tu amor resulte igualmente variable.

ROMEO ¿Por qué juraré, pues?

JUL. No jures en manera alguna; o si te empeñas, jura por tu agraciada persona, que es el dios de mi idolatría, y te creeré.

ROMEO Si el ardiente amor de mi pecho...

JUL. Basta, no jures. Aunque cifro mi dicha en ti, no me dan gusto los esponsales de esta noche. Son asaz temerarios, asaz repentinos; harto semejantes al rayo, que se extingue antes que uno tenga tiempo de nombrarlo. ¡Adiós, mi bien! Tan dulce descanso y sosiego llegue a tu corazón como al que late dentro del pecho mío.

ROMEO ¿Y así me dejas, tan poco satisfecho?

JUL. ¿Qué satisfacción puedes lograr esta noche?

ROMEO Cambiar con el mío el fiel juramento de tu amor.

JUL. Te di ya mi palabra antes que me la pidieras, y a pesar de ello, quisiera yo tener que dártela aún.

ROMEO ¿Pretenderías acaso retirarla? ¿A qué fin, amor mío?

JUL. Sólo para ser franca y dártela una vez más.

Mi generosidad es inmensa como el océano, y como éste es profundo mi amor.

NODR. (Dentro.) ¡Julieta!

JUL. Oigo rumor allá dentro. Amor mío, adiós. Al momento, buena ama. Dulce Montesco, sé fiel. (Aléjase unos pasos y luego retrocede.) Espera un instante no más; vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA II

ROMEO

ROMEO ¡Oh, bendita, mil veces bendita noche! Harto temo que, siendo ahora de noche, todo esto no sea más que un sueño, demasiado dulce y halagador para ser real. (Quédase ensimismado y cabizbajo.)

ESCENA III

ROMEO y JULIETA

JUL. (Aparece en la terraza.) ¡Pst... pst... Romeo!

ROMEO Es mi adorada quien me llama por mi nombre. ¡Cuán dulce y argentina suena en el silencio de la noche la voz de los amantes!

JUL. ¡Romeo!

ROMEO ¡Mi dulce bien!

JUL. Dos palabras, querido Romeo, y adiós de veras. Si son honestas tus miras amorosas y tu designio es el matrimonio, declláralo sinceramente, y poniendo mi suerte a tus pies, te seguiré como a mi dueño y señor hasta el fin del mundo.

NODR. (Dentro.) ¡Señorita!

JUL. Voy al punto. (A Romeo.) Mas si no son puras tus intenciones, conjúrote...

NODR. (Dentro, en voz más alta.) ¡Señorita! ¡Señorita!

JUL. (Con impaciencia.) En seguida voy. (A Romeo.)

Conjúrote pongas fin a tus galanteos, y me dejes abandonada a mi dolor.

ROMEO Así logre mi alma la felicidad...

JUL. ¿Dónde y a qué hora quieres que nos veamos para tratar de la sagrada ceremonia?

ROMEO ¿Conoces al piadoso fray Lorenzo?

JUL. Es mi confesor.

ROMEO Inventa, pues, un pretexto para ir a confesarte esta mañana misma, y allí, en su celda, fray Lorenzo nos desposará en secreto.

JUL. ¿A qué hora?

ROMEO A las nueve.

JUL. No faltaré. Un siglo hay hasta entonces. Mil veces buenas noches.

ROMEO Pésimas mil veces, faltando la luz de tus ojos.

JUL. Casi amanece. Quisiera que te hubieses ausentado ya, pero no más lejos que el pajarillo de una niña juguetona, que lo suelta de la mano, y luego con un hilo de seda lo atrae de nuevo hacia sí.

ROMEO Quisiera yo ser tu pajarillo.

JUL. También lo quisiera yo, amor mío; pero te mataría a fuerza de caricias. ¡Adiós, adiós! La despedida es un pesar tan dulce, que me estaría yo repitiendo: ¡buenas noches! hasta que fuese llegado el día. (Vase, enviándole un beso.)

ROMEO Asiéntese en tus ojos el sueño y en tu pecho el sosiego. ¡Quién me diera a mí ser sueño y sosiego para reposar tan dulcemente! (Vase.)

CUADRO III

Celda de fray Lorenzo

ESCENA PRIMERA

Entra fray LORENZO con una cesta que contiene diversas hierbas y flores

LOREN. (Mirando por la ventana.) El alba de ojos grises sonríe a la ceñuda noche, jaspeando con rayas de luz las nubes de Oriente, y la moteada obscuridad, tambaleándose como un beodo, huye de la senda del día ante las ígneas ruedas del carro del sol. Ahora, antes que el astro majestuoso avance su ojo ardiente para alegrar el día y secar el húmedo rocío de la noche, debo llenar mi cesta con hierbas y flores de poderosas virtudes. La tierra, que es madre de la Naturaleza, es también su tumba, y de su seno nacidas y chupando el sustento en su pecho maternal, encontramos criaturas de diversa especie, muchas de ellas excelentes por sus numerosas propiedades. ¡Oh! Grande y poderosa es la virtud que reside en las plantas y en los minerales, pues no hay en la tierra cosa alguna tan despreciable que no aporte al hombre algún beneficio, ni existe cosa alguna tan buena que, desviada de su debido uso, no degenere al caer en el abuso. Dentro del tierno cáliz de esta flor, residen el veneno y la medicina, pues, oliéndola, recrea y anima todo el cuerpo; gustándola, mata los sentidos a la par que el corazón. En el hombre, lo mismo que en la planta, acampan siempre dos reyes en constante lucha: el bien y el mal. Cuando éste predomina, muy pronto es devorado el sér por la gangrena de la muerte.

ESCENA II

Dicho y ROMEO

ROMEO Buenos días, padre Lorenzo.

LOREN. *¡Benedicite!* ¿Qué matinal voz me saluda tan dulcemente? Hijo mío, arguye una cabeza alterada despedirse tan pronto del lecho. Así que, tu madrugar es para mí seguro indicio de que te ha despertado alguna inquietud, o bien, de no ser así, tengo la certeza de que nuestro Romeo no se ha acostado esta noche.

ROMEO Esto último es lo cierto; pero más dulce reposo ha sido el mío.

LOREN. ¡Perdone Dios tu pecado! ¿Estuviste con Rosalina?

ROMEO ¿Con Rosalina, padre? No tal; he olvidado ese nombre y todas sus amarguras.

LOREN. Muy bien hiciste, hijo mío. Pero, ¿dónde has estado entonces?

ROMEO Voy a decíroslo. Estuve en un festín con mi adversario, y allí, de improviso, me hirió una persona, a quien yo herí a mi vez. El remedio de ambos depende de vuestra ayuda y santa medicina. No abrigo rencor alguno, padre mío; porque, bien lo veis: mi intercesión favorece igualmente a mi enemigo.

LOREN. Sé explícito, hijo mío, y llano en lo que intentes decir. Una confesión equívoca sólo encuentra una absolución dudosa.

ROMEO Pues lisa y llanamente, sabed que el férvido amor de mi corazón está puesto en la hermosa hija del acaudalado Capuleto; y así como mi amor es para ella, el suyo es para mí. Sólo falta, para que sea completa nuestra unión, que nos enlacéis vos en santo himeneo. Cuándo, dónde y cómo nos vimos y cambiamos nuestros juramentos de amor, os lo relata-

ré más tarde, pero lo que sí os ruego es que consintáis en desposarnos hoy mismo.

LOREN. ¡San Francisco bendito! ¡Qué mudanza es esa! ¿Tan pronto has olvidado a Rosalina, a quien tan apasionadamente amabas? ¡Qué raudal de amargo llanto ha inundado tus mejillas por causa de ella! Aun resuenan en mis oídos tus antiguos lamentos, ¿y estás cambiado? ¡Ah! ¡Bien pueden caer las mujeres, cuando en los hombres no hay firmeza!

ROMEO Varias veces me reconvenisteis por amar a Rosalina.

LOREN. Por idolatrarla, no por amarla, hijo mío.

ROMEO Y me aconsejásteis sepultar mi amor.

LOREN. Mas no en una tumba, en donde enterraras un amor para que surgiera otro del fondo de ella.

ROMEO Por favor, no me reprendáis. Esta a quien amo ahora, paga fineza con fineza, amor con amor. No obraba así la otra.

LOREN. ¡Ah! Bien lo sabía ella: tu amor recitaba de memoria sin saber deletrear. Pero vamos, veleidoso mancebo; por cierta razón quiero yo asistirte, pues acaso resulte provechosa esta alianza, trocando en afecto puro el odio inveterado de vuestras familias.

ROMEO ¡Oh, sí! Pero no perdamos un instante.

LOREN. Despacio y con tiento. No permitan los cielos que tal precipitación sea origen de funestas amarguras.

ROMEO ¡Ah! Vengan las amarguras que vinieren, no pueden ellas contrapesar el gozo que me causa un solo instante de estar en presencia de mi amada. Enlazad nuestras manos con santas palabras, y que después la muerte, devoradora del amor, haga lo que quiera. Bástame sólo el que pueda yo llamarla mía a Julieta.

LOREN. Esos violentos transportes tienen un fin igualmente violento, y en su triunfo mue-

ren, parecidos al fuego y la pólvora, qul al besarse se consumen. La más dulce miese hace empalagosa por su mismo excesivo dulzor. Ama, pues, con mesura; así se conduce el amor duradero. Aquí viene la dama. ¡Oh! Nunca gastará un pie tan leve estas losas perdurables.

ESCENA III

Dichos y JULIETA

JUL. Buenos días, mi padre espiritual.

LOREN. Romeo te dará las gracias, hija mía, por él y por mí.

JUL. Y otro tanto le deseo a él, pues de lo contrario, sus gracias fueran demasiadas.

ROMEO ¡Ah, Julieta! Si la medida de tu dicha está colmada cual la mía, y si tienes más arte para pregonarla, perfuma con tu aliento este aire que nos rodea, y haz que la melodiosa música de tu voz exprese la soñada felicidad que sentimos tú y yo con motivo de este grato encuentro.

JUL. El pensamiento, más rico en materia que en palabras, se envanece de su esencia, no de su adorno. Simples mendigos son aquellos que pueden contar sus caudales; mas mi sincero amor hase acrecentado hasta un extremo tal, que no alcanzo a sumar ni la mitad de mi riqueza.

LOREN. Permita el Altísimo que ese acendrado afecto que mostráis ponga feliz téimino a los antiguos rencores que separan vuestras familias y tan repetidas veces han cubierto de sangre las calles de esta ciudad. Así lo espero. Enlazad, pues, vuestras manos, hijos míos. (Julieta y Romeo caen de rodillas. Fray Lorenzo extiende sobre ellos sus manos.) Bendigan los cielos esta santa unión y colmen de dichas y ventura vuestros corazones.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO I

Una plaza de Verona.

ESCENA I

MERCUCIO, BENVOLIO y un PAJE

BENV. Por favor, querido Mercucio, retirémonos Los Capuletos andan de aquí para allá, y si llegamos a toparnos con ellos, no podremos evitar una bronca, pues en esos días de bochorno bulle la frenética sangre.

MER. Tú eres como uno de esos que, al poner los pies en una taberna, echan la tizona sobre la mesa diciendo: «¡Quiera Dios que no tenga yo necesidad de ti!» Y no bien produce su efecto el segundo vaso, tiran de ella contra el mozo por un quítame allá esas pajas.

BENV. ¿Conque yo soy como ésos?

MER. ¡Pues digo! Tú eres un simplón tan impetuoso como el que más en Italia, y tan presto provocado a cólera, como presto a montar en cólera para sentirte provocado.

BENV. ¿Y a qué viene eso?

MER. Nada, que si hubiese dos como tú, muy pronto nos quedaríamos sin ninguno, pues se matarían el uno al otro. ¡Tú! Vaya, hombre; tú armarías camorra con uno que tuviese en la barba un pelo más o un pelo menos que tú. Si eres capaz de pelearte con tu propia sombra. Un día tuviste una pelotera con un pobre diablo porque llevaba atados con una cinta vieja sus zapatos nuevos. ¿Y ahora vas a enseñarme a huir de bronquinas?

BENV. Si fuera yo tan camorrista como tú, vendería a cualquiera mi vida simplemente por una hora y cuarto.

MER. ¡Simplemente por una hora y cuarto! ¡Ah, simplón!

BENV. ¡Por mi cabeza, aquí vienen los Capuletos!

MER. ¡Por mis talones, que me tiene eso muy sin cuidado!

ESCENA II

Dichos, TIBALDO acompañado de unos amigos

TIB (A los suyos.) Seguidme de cerca, pues quiero hablarles. (A Mercucio y Benvolio.) Buenas tardes, señores. Una palabra con uno de vosotros.

MER. ¿No más que una palabra? Apareadla con algo, para que resulten una palabra y un cintarazo a la vez.

TIB. Harto dispuesto me hallaréis, caballero, si me dáis ocasión para ello.

MER. ¿Y no sabríais tomar la ocasión sin esperar a que os la dieran?

TIB. Mercucio, vos estáis de concierto con Romeo...

MER. ¡De concierto! Pues qué, ¿nos tomáis acaso por músicos? Si es así, no esperéis oir otra cosa que disonancias. He aquí mi arco de violín. (Señalando la espada.) Esto es lo que

os hará bailar. ¡Voto a tal! ¡De concierto!...

BENV. Estamos disputando en un paraje de mucha concurrencia. Retirémonos a algún sitio apartado, y discutamos tranquilamente sobre vuestros agravios. Aquí toda la gente tiene los ojos fijos en nosotros.

MER. Para mirar se hicieron los ojos; deja, pues, que nos miren. Yo no me muevo de aquí por dar gusto a nadie, ea.

ESCENA III

Dichos y ROMEO

TIB. (A Mercucio.) Bien está; idos en paz, caballero. Aquí llega mi mozo.

MER. Que me ahorquen, caballero, si lleva él vuestra librea. Pero ¡voto a sanes! no tenéis más que salir al campo, y él os seguirá al punto. En este sentido sí que vuestra señoría bien puede llamarle su mozo.

TIB. Romeo, el odio que te profeso no puede sugerirme otra expresión mejor que esta: eres un canalla.

ROMEO (Reprimiendo su primer impulso y lanzando un suspiro.) Tibaldo, las razones que yo tengo para quererte bien excusan en gran parte el encono inherente a tal saludo. No soy un canalla. Conque adiós. Veo que no me conoces. (Volviéndose para marcharse.)

TIB. Mozuelo, eso no puede excusar los agravios que me inferiste. Así que, vuélvete, y desnuda el acero.

ROMEO Protesto que jamás te ofendí; antes bien te aprecio mucho más de lo que nunca podrás imaginar hasta que sepas la razón de mi afecto. Y así, buen Capuleto, (nombre que yo estimo tanto como el mío), date por satisfecho.

MER. ¡Vaya una sumisión más paciente, vil y deshonrosa! A estocada limpia se acaba

eso de una vez. (Desenvaina.) Tibaldo, cazador de ratones, como el famoso gato de vuestro nombre, ¿tenéis ganas de bailar?

TIB. ¿Qué queréis de mí?

MER. Buen príncipe de los gatos, no quiero sino una de vuestras siete vidas, de la que pienso hacer lo que me plazca, y según la manera de portaros luego conmigo, sacudiré de lo lindo las seis restantes. ¿Queréis de una vez agarrar por las orejas vuestra tizona y arrancarla de su zamarro? Andad listo, no sea que antes de sacar vos la vuestra, zumbe la mía a vuestros oídos.

TIB. Estoy a vuestra disposición. (Desenvainando.)

ROMEO Amigo Mercucio, envaina tu espada.

MER. (A Tibaldo.) Ea, caballero; veamos vuestro *passado*. (Riñen.)

ROMEO Desnuda tu acero, Benvolio; desarmémoslos. ¡Qué escándalo!

BEN. Señores, guardaos de cometer tal desafuero.

ROMEO El Príncipe ha prohibido armar pendencias en las calles de Verona.

BEN Teneos, Tibaldo.

ROMEO Buen Mercucio... (Interponiéndose entre los dos adversarios.)

(Tibaldo hiere a Mercucio por debajo del brazo de Romeo, y luego huye con sus acompañantes.)

MER. Estoy herido... ¡Mala peste a vuestras familias!... Estoy despachado ya. ¿Y él se ha escapado con el pellejo sano?

BEN. ¡Cómo! ¿Estás herido? (Romeo y Benvolio sostienen a Mercucio.)

MER. ¡Psé! Un rasguño, un rasguño; mas, ¡voto a cribas! ya es bastante. ¿Dónde está mi paje? Anda, granuja, a buscarme un cirujano. (Vase el paje.)

ROMEO Valor, amigo; la herida no será cosa de importancia.

MER. No; no es tan profunda como un pozo ni tan ancha como un portal de iglesia, pero es lo suficiente, y ya producirá su efecto.

Preguntad mañana por mí, y me encontraréis hecho un hombre de peso... Por lo que toca a este mundo, estoy escabechado ya, os lo aseguro... ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Por vida de...! ¡Un fanfarrón, un canalla, matar así a un hombre de un arañazo! (A Romeo.) ¿Por qué diablos te metiste en medio? Ese bribón me hirió por debajo de tu brazo.

ROMEO Lo hice con el mejor intento.

MER. Ayúdame a entrar en alguna casa, Benvolio amigo, o me dará un soponcio. ¡Mala peste a vuestras familias! Han hecho de mí pasto de gusanos... ¡Ya la pillé... y buena!... ¡Vuestras familias...! (Vase sostenido por Benvolio.)

ROMEO En defensa mía, este hidalgo, pariente cercano del Príncipe y mi verdadero amigo, ha recibido su mortal herida. Mi reputación está manchada por el ultraje de Tibaldo... ¡Tibaldo, que hace una hora es mi primo!... ¡Ah, dulce Julieta, cómo me han afeminado tus hechizos y han ablandado en mi alma el acero del valor!

ESCENA IV

Romeo y BENVOLIO

BEN. ¡Oh, Romeo, Romeo! ¡El bravo Mercucio ha muerto!

ROMEO La negra fatalidad de este día está suspendida sobre nuevos días. Este sólo da principio a la desdicha; otros han de darle fin.

BEN. ¡Aquí viene de nuevo el furioso Tibaldo!

ROMEO ¡Vivo y triunfante! ¡Y Mercucio muerto! ¡Vete a los cielos, respetuosa blandura, y sea esta vez mi guía la furia de ardientes ojos!

ESCENA V

Dichos y TIBALDO

ROMEO Ahora, Tibaldo, recobra el dictado de «canalla», que poco ha me dirigiste. Puesto que el alma de Mercucio se cierne muy próxima sobre nuestras cabezas aguardando que la suya vaya a hacerle compañía, fuerza es que o tú, o yo, o entrambos vayamos con él.

TIB. Tú, mozalbete ruín que le acompañabas aquí, tú irás con él.

ROMEO (Desenvainando la espada.) Esto lo decidirá. (Riñen. Tibaldo cae muerto.)

BEN. ¡Vete, Romeo, huye! No estés así lleno de estupor. (Oyese una campana tocando a rebato.) ¿No oyes? Si te prenden, el Príncipe te condenará a muerte. ¡Vete, vete, huye de aquí!

ROMEO ¡Ah! ¡Soy juguete de la fortuna! (Vase empujado por Benvolio.)

ESCENA VI

Entran varios CIUDADANOS

CIUD. 1.° ¿Dónde está el asesino?

CIUD. 2.° ¿Por dónde ha escapado?

VARIOS CIUDS. ¡Al asesino! ¡al asesino!

OTROS ¡Prendedle! ¡Al asesino!

UNOS ¡Mueran los Montescos!

OTROS ¡Mueran los Capuletos!

VARIOS ¡Al asesino! ¡Prendedle! (Vanse todos corriendo en distintas direcciones.)

CUADRO II

Celda de fray Lorenzo

ESCENA PRIMERA

Entra fray Lorenzo y abre cautelosamente una puerta excusada, por la que sale Romeo.

LOREN. Sal, Romeo; ven sin temor.

ROMEO ¿Qué nuevas hay, padre mío? ¿Cuál es la sentencia del Príncipe? ¿Qué duelo, desconocido aún para mí, desea trabar conocimiento conmigo?

LOREN. Harto familiarizado estás con tan cruel compañía, hijo mío. Te traigo nuevas de la sentencia del Príncipe.

ROMEO ¿Qué menos que sentencia de muerte es su fallo?

LOREN. Más benigna sentencia salió de sus labios. No es la muerte, sino el destierro.

ROMEO ¡Ah! ¡Destierro! Sed compasivo: decid muerte, porque el destierro es más aterrador, mucho más que la muerte.

LOREN. ¡Ten calma!... El mundo es vasto y espacioso.

ROMEO Fuera de los muros de Verona no hay mundo para mí, sino purgatorio, tormento y el mismo infierno. Estar desterrado de aquí, es hallarme desterrado del mundo, y el destierro del mundo es la muerte. Al titular la muerte destierro, cortáis vos mi cabeza con una segur de oro, sonriendo al darme el golpe que me asesina.

LOREN. ¡Oh, negra ingratitud! Tu delito lo penan nuestras leyes con la muerte; mas el bondadoso Príncipe, lleno de interés por ti, ha torcido la ley y ha trocado en destierro esa

funesta palabra muerte. Esta es verdadera merced, y tú no lo reconoces.

ROMEO Suplicio es, que no merced. El cielo está aquí, donde vive Julieta, y cualquiera criatura, por vil y despreciable que sea, puede contemplarla a su gusto. Un insecto, la repugnante mosca que vive en la podredumbre, puede posarse en la delicada mano de mi idolatrada Julieta y robar de sus labios una felicidad inefable. Y eso no puedo yo hacerlo: estoy proscripto. ¿Y aun decís que el destierro no es la muerte? ¿No tenéis, para matarme, alguna venenosa mixtura, una afilada cuchilla, un rápido instrumento de muerte cualquiera, menos infame que esa palabra: desterrado? ¿Cómo tenéis corazón, vos que sois mi confesor y mi buen amigo, para anonadarme con semejante palabra?

LOREN Escúchame un momento, loco apasionado.

ROMEO ¡Ah! De destierro váis a hablarme otra vez.

LOREN. Voy a ofrecerte una armadura que te defienda del poder de tal palabra: la religión, la filosofía, dulce bálsamo de la adversidad. Ella te prestará consuelo, aun hallándote proscripto.

ROMEO ¿Todavía «proscripto»? ¡Váyase noramala vuestra filosofía! A no ser que la filosofía sea capaz de crear una Julieta, mudar de sitio una ciudad o revocar la sentencia de un, Príncipe nada aprovecha, nada vale. No me habléis más de eso.

LOREN. ¡Ah! Bien veo que los locos no tienen oídos.

ROMEO ¿Cómo han de tenerlos, cuando los cuerdos no tienen ojos?

LOREN. Permíteme que arguya contigo sobre tu situación.

ROMEO No; no podéis vos hablar de aquello que no sentís. Si fuérais joven como yo, si fuera Julieta vuestro amor, si desde una hora estuviérais desposado y hubiérais dado muerte a Tibaldo, primo de mi esposa, si

cual yo amárais con delirio y cual yo os viérais proscripto, entonces podríais hablar, entonces podríais mesaròs los cabellos y arrojaros al suelo, como hago yo ahora, tomando la medida de una fosa, no abierta todavía. (Echándose en el suelo con muestras extremas de dolor y desesperación. Llaman dentro.)

LOREN. (En voz baja,) ¡Levántate! Llaman. Escóndete, Romeo.

ROMEO No haré tal, a menos que el hálito de mis suspiros me envuelva como una niebla, substrayéndome a escudriñadoras miradas. (Van llamando con más fuerza.)

LOREN. ¿Pero no oyes como están llamando?—¿Quién va?—Levántate, Romeo, que te van a prender, que te condenarán a muerte si te descubren aqui.—Aguardad un instante.—Alza del suelo. Corre a mi estudio.—Al momento.—¡Poder de Dios! ¡Qué locura es esa!—Voy, voy. ¿Quién llama tan recio? ¿Qué queréis?

NODR. (Dentro.) Dejad que yo entre y sabréis el recado que traigo. Vengo de parte de la señorita Julieta.

LOREN. (Abriendo.) Entonces, con bien vengáis.

ESCENA II

Dichos y la NODRIZA

NODR. ¡Oh, santo varón! Decidme: ¿dónde está el marido de mi señora? ¿En dónde está Romeo?

LOREN. Vedle ahí en el suelo, embriagado con su propio llanto.

NODR. ¡Oh! Se halla en igual caso que mi señora; exactamente en el caso de ella.

LOREN. ¡Ah! ¡Dolorosa simpatía!

NODR. Asímismo está ella: gimiendo y llorando como una Magdalena. (A Romeo.) Vaya, le-

vantaos, si sois hombre. Por amor de Julieta, por su amor, levantaos. ¿A qué viene desesperaros así?

ROMEO (Levantándose.) ¡Ama!

NODR. ¡Ah, señor, señor! ¡Qué le hemos de hacer! La muerte es el fin de todo.

ROMEO ¿Hablas de Julieta? ¿Cómo está? ¿No piensa ella que soy un consumado asesino, yo que acabo de manchar la infancia de nuestra dicha con una sangre que tan poco difiere de la suya? ¿En dónde está? ¿Cómo se encuentra? ¿Y qué dice de nuestro invalidado amor?

NODR. ¡Ah! No dice una palabra, señor. No hace sino llorar y más llorar, y ahora se deja caer en su lecho, luego se levanta sobresaltada y llama a Tibaldo, y después clama a Romeo, y al fin vuelve a caer sin aliento.

ROMEO Diríase que ese nombre, disparado por arma mortífera, la mató, como la mano maldita que lleva tal nombre dió muerte a su primo. ¡Ah! Decidme, padre mío: ¿en qué parte de este mísero cuerpo se aloja mi nombre? Decidlo, para que pueda yo devastar la odiosa mansión. (Desenvainando su daga.)

LOREN. (Sujetándole el brazo.) Detén tu diestra desesperada. ¿Eres hombre? Tu figura pregona que lo eres; tus lágrimas, empero, son de mujer, y tus actos frenéticos revelan el irreflexivo furor de la fiera. Pasmado me dejas. Después de matar a Tibaldo, ¿quieres ahora matarte a ti mismo y matar igualmente a tu esposa que vive en ti? (Romeo deja caer la daga de su mano, mostrando abatimiento y dolor.) ¡Ea, anímate, hijo mío! Tu Julieta, cuyo amor es tu vida, vive; Tibaldo, que pretendía matarte, murió a tus manos; la ley, que amenazaba muerte, conmuta en extrañamiento la pena capital. En todo ello eres afortunado. No pongas, pues, mal gesto a tu fortuna y a tu amor. Anda, en-

camínate con el mayor sigilo a casa de tu amada esposa, y prodiga tiernos consuelos a esa infeliz. Adelántate, ama, y ofrece mis respetos a tu señora. Romeo va en seguida.

NODR. ¡Dios mío! De buena gana me hubiera pasado yo aquí toda la noche oyendo tan buenos consejos. (A Romeo.) Caballero, diré a mi señora que luego vendréis.

ROMEO Sí, buena ama, y a este fin mi criado te entregará una escala de cuerda que ha de conducirme al pináculo de mi ventura, a la estancia de mi amada.

NODR. Bien está, señor.

ROMEO Y le dirás a tu señora que se apreste a reñirme.

NODR. ¡Ah! Lo olvidaba. Aquí tenéis, señor, esta sortija que ella me ha encargado que os entregara. Daos prisa, pues se hace muy tarde. (Vase.)

ROMEO (Besando la sortija.) ¡Ah! ¡Cómo reanima esto mi espíritu!

LOREN. Vete ahora, Romeo, y recuerda que de esto depende tu vida. No te detengas en casa de Julieta hasta estar relevada la guardia. Ponte en camino antes de esa hora, o bien procura salir disfrazado al rayar el alba. Te trasladas a Mantua, en donde residirás hasta que encontremos medio de hacer público vuestro himeneo, reconciliar a vuestras familias e impetrar el perdón del Príncipe, para que puedas restituirte a Verona con mil y mil veces más alborozo que gemidos exhales al partir.

ROMEO ¡Oh, padre mío!...

LOREN. Yo iré en busca de tu criado, y él te pondrá al corriente de todo suceso que aquí ocurra. Dame la mano, hijo mío. Es tarde ya. Adiós; felices noches.

ROMEO Si una dicha superior a toda dicha no me

llamara a otro sitio, fuera un pesar para mí separarme tan presto de vuestro lado. Adiós, adiós, padre mío. (Besa la mano a fray Lorenzo y vase.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO I

Sala contigua al dormitorio de Julieta, con un gran balcón que da al jardín. Dudosa claridad que precede a la luz del día. Sobre la mesa hay una luz encendida.

ESCENA PRIMERA

ROMEO, JULIETA y después la NODRIZA

(La escena está desierta unos momentos; luego se entreabren las cortinas del dormitorio, y salen en actitud lánguida y amorosa Romeo y Julieta; ésta vestida con una bata blanca, suelto el cabello y apoyadas ambas manos en el hombro de Romeo; este completamente vestido, como dispuesto a marcharse, pero sin gorro, manto ni espada, que estarán en una silla.)

JUL. ¿Quieres irte ya? No está aún cercano el día. Era el ruiseñor y no la alondra quien con su canto hirió tu temeroso oído. Todas las noches trina en aquel granado que se ve allí. Créeme, amor mío, era el ruiseñor.

ROMEO Era la alondra, el heraldo de la mañana, no el ruiseñor. (Acercándose al balcón.) Mira bien mío, qué envidiosos celajes ribetean las rasgadas nubes allá en el oriente. Las candelas de la noche se han consumido ya,

y el día placentero asoma de puntillas en la brumosa cima de las montañas. Es menester que yo me ausente y viva, o me quede y muera.

JUL. Aquella lejana claridad no es la luz del día, bien lo sé. Es algún meteoro luminoso que exhala el sol para que te sirva de antorcha y te alumbre esta noche en tu camino de Mantua. Quédate, pues; aun no tienes precision de marcharte.

ROMEO Que me prendan, que me hagan morir; contento estoy si tú lo quieres. Diré que aquel tinte gris no es el semblante de la aurora, sino el pálido reflejo de la luna, y que no son tampoco de la alondra esas notas que hieren la bóveda celeste por encima de nuestras cabezas. ¡Ay! Mayor afán tengo yo de quedarme, que voluntad de partir. ¡Ven, muerte, bien venida seas! Julieta así lo quiere... Pero ¿qué te pasa, vida mía? Platiquemos, aun no ha llegado el día.

JUL. ¡Oh, sí, sí! Huye al punto, vete, aléjate de aquí. Es la alondra que canta de un modo tan desentonado lanzando estridentes chirridos... Diz que la alondra, al emitir sus notas, hace una dulce separación. ¡Ay! no es así, pues nos llena de sobresalto y te arranca dolorosamente de mis brazos con su canto matinal. ¡Oh, parte, parte sin dilación! Clarea cada vez más.

ROMEO ¡Clarea cada vez más! Cada vez se ennegrecen más nuestros duelos.

(La Nodriza, después de llamar suavemente con los nudillos de los dedos, asoma la cabeza por la puerta de la sala.)

NODR. (En voz baja.) ¡Señorita!

JUL. ¿Que hay, ama?

NODR. Vuestra señora madre se dirige aquí. Ha despuntado el día. Andad con mucha cautela, y ojo alerta. (Se retira.) (Romeo coge apresuradamente el gorro, el manto y la espada.)

JUL. Entonces, balcón, deja entrar la luz del día y salir mi vida. (Abriéndolo.)

ROMEO ¡Adiós, adiós! Un beso, y voy a bajar. (Besa a Julieta, y luego empieza a descender por la escala de cuerda fija en la balaustrada del balcón.)

JUL. ¿Así me dejas, esposo y dueño mío? Necesito saber de ti a cada instante, pues cada hora es para mí un siglo.

ROMEO No malograré ocasión alguna para enviarte mis recuerdos, amor mío.

JUL. ¡Ah! ¿Piensas tú que volveremos a vernos algún día?

ROMEO ¿Quién lo duda? Y todos estos sinsabores nos servirán de tema para dulces coloquios en nuestros días venideros. (Besa a Julieta, y desaparece.)

JUL. ¡Ah, Dios mío! ¡Abriga mi alma tan negros presentimientos!... Se me figura verte, ahora que estás abajo, semejante a un cadáver en el fondo de la tumba... O tengo turbada la vista, o tú estás pálido.

ROMEO Y a mis ojos, amor mío, también lo estás. Los áridos tormentos beben nuestra sangre. ¡Adiós!... ¡Adiós!

JUL. ¡Oh, fortuna, fortuna! Todos te llaman veleidosa. Si eres tal, ¿qué tienes tú que ver con quien goza de renombre por su fidelidad? Sé tornadiza, fortuna, porque entonces, según espero, no le retendrás mucho tiempo, antes lo restituirás pronto a mi lado. (Cae abatida en una silla y rompe a llorar.)

ESCENA II

JULIETA y SEÑORA de CAPULETO

SRA. CAP (Dentro.) Hija mía, ¿estás ya levantada?

JUL. ¿Es mi señora madre? ¿Qué insólita causa la conduce aquí en hora tan desusada?

SRA. CAP. (Entrando) Y bien, ¿qué es eso, Julieta?

JUL. No me siento bien, señora.

SRA. CAP. ¿Llorando sin cesar la muerte de tu primo Tibaldo? ¡Qué! ¿Pretendes acaso arrancarle de la tumba a fuerza de lágrimas? No podrás volverle así la vida.

JUL. Así y todo, dejad que llore una pérdida tan sensible.

SRA. CAP. Bien lo veo: tú lloras no tanto por su muerte, como porque vive aún el infame que le asesinó.

JUL. ¿Qué infame, señora?

SRA. CAP. ¿Quién había de ser? Ese infame de Romeo.

JUL. ¡Dios le perdone, como de todo corazón le perdono yo! Y eso que ningún hombre aflige tanto mi corazón como él.

SRA. CAP. Olvida esos pesares, hija mía. Ahora vengo a comunicarte alegres nuevas.

JUL. Bien viene la alegría en una ocasión que tan necesitada está de ella. ¿Qué nuevas son esas, madre mía? Decidlo por favor.

SRA. CAP. Vaya, vaya, que tienes un padre que se desvive por ti, Julieta mía; un padre que, por sacarte de tu desolación, ha ideado un imprevisto día de regocijo que ni tú esperabas ni yo me prometía.

JUL. En hora feliz, madre mía. ¿Y qué día es ese?

SRA. CAP. Sábete, hija mía, que el próximo jueves, muy de mañana, el galante y apuesto conde Paris tendrá la dicha de hacer de ti una feliz esposa en la iglesia de San Pedro.

JUL. Pues, por la iglesia de San Pedro y aun por San Pedro mismo, el conde no hará de mí una feliz esposa. Me admira tanta prisa y que yo me haya de desposar antes que venga a hacerme la corte el que ha de ser mi esposo. Os ruego, señora, digáis a mi padre y señor que no intento casarme todavía, y que, de hacerlo, os juro que será con Romeo, a quien vos sabéis que... detesto, antes que con Paris. ¡Vaya unas nuevas, a fe mía! (Rompe a llorar otra vez.)

SRA. CAP. Aquí llega vuestro padre. Contádselo vos misma, y veréis qué cara pondrá al oiros.

ESCENA III

Dichas, CAPULETO y la NODRIZA

CAP. Cuando se pone el sol, el aire destila rocío; mas por el ocaso de mi sobrino Tibaldo llueve a chorros. ¿Qué es eso, Julieta? Has de estar siempre bañada en llanto y llorando eternamente a mares?—Y bien, esposa, ¿habéisle notificado nuestra determinación?

SRA. CAP. Sí, señor; mas ella rehusa; os da las gracias. ¡Así se casara esa necia con su tumba!

CAP. ¡Tate! Explicaos, explicaos, esposa. ¡Cómo! ¿No quiere? ¿no nos lo agradece? ¿no se siente enorgullecida? ¿no tiene a dicha, por muy indigna que sea, el que nosotros le hayamos procurado para novio un tan noble caballero?

JUL. Orgullosa, no; pero sí agradecida, notadlo bien. Jamás puedo estar orgullosa de lo que yo detesto, pero sí estoy agradecida, hasta por lo que odio, cuando se hace con amoroso designio.

CAP. ¿Cómo se entiende, cómo se entiende, zurcidora de retóricas! ¿Qué significa eso? «Estoy orgullosa y os lo agradezco, y no os lo agradezco, y sin embargo no estoy orgullosa»...Lo que habéis de hacer vos, deslenguada señorita, es dejaros de esas jerigonzas de agradecimientos y orgullos, y aprestar vuestras piernas para el jueves próximo, a fin de ir con Paris a la iglesia de San Pedro, o de lo contrario, te llevaré arrastrando hasta allí sobre un zarzo. ¡Quítate de mi presencia, mala hija! ¡Fuera de aquí, perdida, sinvergüenza!

SRA. CAP. Callad, por Dios. ¿Estáis loco?

JUL. Mi buen padre, os lo pido de hinojos. Oidme con benevolencia; una palabra no más.

CAP. ¡Vete noramala, criatura ruín y desobediente! Escucha bien lo que te digo: o te vas a la iglesia el jueves, o nunca más me mires a la cara. (Julieta hace ademán de querer hablar.) Ni una palabra, no repliques, no respondas... Siento una comezón en los dedos... ¡Ah, esposa mía! Apenas nos creíamos felices por no habernos Dios concedido más que esa hija; pero ahora veo que con esa hija única hay de sobra, y que con ella nos ha caído encima una maldición... ¡Apártate de mi vista, mujerzuela!

NODR. ¡Que Dios desde el cielo la bendiga! Hacéis muy mal, señor, en regañarla así.

CAP ¿Y por qué, señora marisabidilla? Idos a cotorrear con vuestras comadres.

NODR. No digo ninguna cosa mala.

CAP. ¡Eh, vaya con Dios!

NODR. (Refunfuñando.) ¿No puede una hablar?

CAP. Callaos, necia gruñona. Guardad vuestra cháchara insulsa para las vecinas, que aquí no hace falta ninguna.

SRA. CAP. Estáis muy acalorado.

CAP. ¡Ira de Dios! Eso me vuelve loco. De día, de noche, a todas horas, siempre fué mi anhelo verla desposada; y ahora que le habíamos deparado un caballero de noble alcurnia, de pingüe patrimonio, joven y educado con el mayor esmero, un hombre, en fin, tan cumplido como pudiera uno desear, venirnos una necia quejicosa que, al sonreirle la fortuna, diga por toda respuesta: «yo no quiero casarme; no puedo amar; soy demasiado niña...» Pero si no queréis casaros, bueno, bueno será mi perdón: idos a pacer donde os plazca, que en mi casa no pondréis más los pies. Miradlo bien, pensadlo bien; yo no acostumbro chancearme. El jueves se acerca; poneos la

mano sobre el corazón y reflexionad. Si sois mi hija, os daré a mi amigo el conde; si no lo sois, ahorcaos, mendigad, consumíos de hambre y miseria, morid como un perro en medio de la calle; pues, por mi alma lo juro, nunca os reconoceré, ni jamás os aprovechará lo mío. Tenedlo por seguro, meditadlo bien; yo no quebranto mi palabra. (Vase.)

ESCENA IV

JULIETA, SEÑORA de CAPULETO y la NODRIZA

JULI. ¿No hay clemencia en los cielos, que mire hasta el fondo de mi dolor? ¡Oh madre, querida madre mía, no me rechacéis! Diferid esa boda un mes, una semana, o de lo contrario, aparejad mi lecho nupcial en aquella cripta sombría donde yacé Tibaldo.

SRA. CAP. Nada me digas, porque no hablaré ni una palabra. Obra como gustes, pues todo ha concluído entre nosotras dos. (Vanse la señora de Capuleto y la Nodriza.)

JULI. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué terrible conflicto! ¡Y en tan apurado trance todos me abandonan a mi desventurada suerte! ¡Ah, que haya de emplear el cielo tales artificios contra un sér tan débil como yo!... ¿Qué puedo hacer yo sola?... Si fray Lorenzo. . Sí, tal vez el bondadoso padre trazará algún medio para salir yo de mi triste situación; y si fracasa este último recurso, por mi parte réstanme alientos para morir. (Vase.)

CUADRO II

Celda de Fray Lorenzo

ESCENA PRIMERA

FRAY LORENZO y PARIS

LOREN. Conque mañana, ¿no es éso? Brevísimo es el plazo.

PARIS Así lo ha dispuesto el que ha de ser mi padre, y no seré yo quien modere su prisa.

LOREN. Según decís, no conocéis todavía la inclinación de la dama. Irregular es la manera de proceder, y no la apruebo.

PARIS Julieta llora sin tasa por la muerte de su primo Tibaldo, y por este motivo poco le hablé de amor, pues las horas de amargura no dan tiempo a los galanteos. Pero su padre, juzgando que la soledad acrece el dolor de esa infeliz, con prudente acuerdo acelera nuestro enlace, a fin de atajar su llanto con la compañía de un esposo. Ahora sabéis la razón de tal premura.

LOREN. (¡Ojalá no supiera yo por qué ello debe retardarse!) Ved, caballero, aquí viene la dama.

ESCENA II

Dichos y JULIETA

PARIS (Avanzando hacia Julieta.) Feliz encuentro, señora y esposa mía.

JUL. (Secamente.) Eso podrá ser, caballero, cuando sea yo esposa.

PARIS Ese «podrá ser», amor mío, será el día de mañana.

JUL. Lo que ha de ser será.

LOREN. Cierto es el texto.

PARIS ¿Venís a confesaros con este buen religioso?

JUL. Contestar a eso sería confesarme con vos.

PARIS No le neguéis que me amáis.

JUL. Os confesaré que le amo.

PARIS Como le confesaréis, seguro estoy de ello, que vos me amáis.

JUL. Si eso hago, más valor tendrá semejante confesión siendo hecha a espaldas de vos, que si lo fuera a vuestra faz. (A fray Lorenzo). ¿Podréis oirme ahora, buen padre?

LOREN. Estoy a tu disposición, hija mía. (A Paris.) Caballero, os suplico nos dejéis solos un momento.

PARIS Líbreme Dios de turbar la devoción. Julieta, mañana temprano iré a despertaros. Hasta entonces, adiós; y recibid este santo beso. (Le besa la mano y vase. Fray Lorenzo le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA III

FRAY LORENZO y JULIETA

JUL. ¡Oh, Cerrad la puerta, y venid luego a llorar conmigo. No hay esperanza ni remedio ni auxilio para mí.

LOREN. ¡Ah, Julieta! Conozco ya tu pesadumbre. He sabido que mañana mismo, sin que baste nada a diferirlo, debes enlazarte con el conde Paris.

JUL. No me digáis que esto sabéis, padre mío, si no me decís cómo puedo yo evitarlo. Si en vuestra sabiduría no acertáis a darme un eficaz remedio, aprobad al menos mi determinación, y con esta daga (Sacándosela del seno) remediaré el punto mi mal. Dios unió mi corazón al de Romeo, vos enlazásteis nuestras manos, y antes que con pér-

fida deslealtad mi corazón se dirija a otro, este acero acabará con mi vida. (Pausa.) No seáis tan tardo en hablar. Tárdame el morir si lo que váis a expresar no habla de remedio.

LOREN. Atiende, hija mía. Vislumbro un rayo de esperanza, que exige una resolución tan desesperada como desesperado es el mal que intentamos prevenir. Si antes que dar tu mano al conde Paris, tienes suficiente fuerza de voluntad para quitarte la vida, es probable que te resuelvas a arriesgarte a un simulacro de muerte para rechazar semejante deshonor. Si a ello te atreves, yo te daré el ansiado remedio.

JUL. Ordenadme, antes que casarme con Paris, que me arroje yo de lo alto de las almenas de un torreón; que me pasee por caminos infestados de bandoleros: decidme que vaya a echarme entre ponzoñosas víboras; encadenadme junto con rugientes leones; encerradme de noche en un cementerio todo cubierto de crujientes huesos y amarillentas calaveras; mandadme que me amortaje juntamente con un cadáver; cosas que, al oirlas, me horripilan, y yo lo haré, sí, lo haré sin temor ni vacilación alguna, a trueque de vivir como esposa sin mancilla de mi dulce amor.

LOREN. (Cogiendo enternecido las manos de Julieta. Pausa.) Escucha, pues. Preséntate a tus padres con semblante risueño, y consiente en casarte con Paris. Esta noche procura recogerte sola, de suerte que ni aun tu nodriza se quede contigo en tu estancia. Luego que te hayas acostado, toma este pomito, y bebe hasta la última gota el destilado licor. Al punto correrá por tus venas un humor frío y letárgico; el pulso cesará de latir; ni calor ni aliento testificarán que vives; las rosas de tus labios y mejillas se marchitarán hasta quedar cual pálida cera;

tus ojos se cerrarán como cuando los cierra la muerte a la luz de la vida; tus miembros todos quedarán yertos, rígidos y fríos como los de un cadáver; y en tal apariencia de muerte permanecerás por espacio de cuarenta y dos horas, y luego despertarás como de un plácido sueño. Ahora bien, cuando por la mañana vaya el novio a hacerte levantar del lecho, te creerá muerta. Entonces, según la usanza de nuestro país, ataviada con tus mejores galas y descubierta en el féretro, serás conducida a la antigua cripta en donde reposa la familia de los Capuletos. En el ínterin, antes que tú despiertes de tu letargo, Romeo se informará por una carta mía de nuestro plan, y vendrá. Él y yo esperaremos atentos tu despertar, y aquella noche misma Romeo te llevará a Mantua. Esto te librará de esa inminente deshonra, si un efímero capricho o algún temor mujeril no abate tu ánimo en el momento de obrar.

JUL. ¡Oh! ¡Dadme! ¡dadme! No me habléis de temor.

LOREN. (Dándole el pomito.) Toma, pues. Sé firme y afortunada en tu resolución, hija mía. Yo despacharé sin tardanza un hermano lego a Mantua con una carta mía para tu esposo.

JUL. (Apretando el pomito contra su pecho.) ¡Amor, préstame fortaleza, y la fortaleza me proporcionará remedio! (Vanse.)

CUADRO III

Sala en casa de Capuleto.

ESCENA PRIMERA

CAPULETO, la SEÑORA de CAPULETO y la NODRIZA

CAP. Y bien; ¿fué mi hija a ver a fray Lorenzo?

SRA. CAP. Sí por cierto, señor.

CAP. Me alegro. Acaso el buen padre haya obrado en ella un cambio favorable.

NODR. Vedla, aquí llega. ¡Oh! ¡Qué cara más risueña tiene?

ESCENA II

Dichós y JULIETA

CAP. Conque, testaruda, ¿te confesaste con fray Lorenzo?

JUL. Sí, padre mío; y según me lo ha prescripto mi santo confesor, vengo a postrarme a vuestras plantas implorando perdón. Perdonadme, os lo ruego. De hoy más me dejaré siempre gobernar por vos.

CAP. ¡Ah! ¡Qué inesperada mudanza! El corazón me lo decía. Levántate, hija. Enviad a buscar al conde, traedle acá, pues quiero informarle del caso. Id sin perder un momento. Juro a Dios que toda la ciudad queda muy obligada a este santo religioso.

SRA. CAP. (A Julieta.) Nosotras te ayudaremos a escoger las más ricas prendas para ataviarte mañana.

CAP. Sí, pues mañana sin falta hay que ir a la iglesia, y apurados nos veremos para terminar todos los preparativos de la boda.

Quédate aquí en el aposento de Julieta, esposa mía, y ayúdala a engalanarse. Ya es casi de noche, y no podemos perder un instante.

JUL. Hay tiempo de sobra, madre mía. Yo misma escogeré todo lo menester para mi atavío, y así, tened a bien dejarme sola esta noche, pues segura estoy de que vuestras manos no estarán un punto ociosas, y por mi parte necesitot ambién orar mucho para que los cielos me sean propicios.

SRA. CAP. Buenas noches, pues. Descansa tranquila, hija mía, que bien lo necesitas.

CAP. ¡Ah! ¡qué gran peso se me ha quitado del corazón! (Vanse Capuleto, Señora de Capuleto y la Nodriza.)

ESCENA III

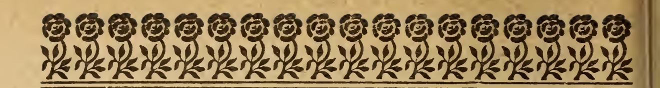
JULIETA

JUL. Adiós. (Sabe el cielo cuando nos volveremos a ver). (Cierra la puerta.) Siento un vago temor que me da estremecimientos al correr por mis venas y casi hiela en mí el calor de la vida. Voy a llamarlas a mi lado para que me infundan valor. ¡Ama! .. Pero ¿qué ha de hacer ella aquí? Forzoso es que yo sola represente mi tremendo drama... Ven, redoma. (Va a beber el licor, y de pronto se detiene.) ¿Y si este brebaje no obra efecto alguno? ¿Será preciso entonces desposarme yo mañana con el conde?... No, no; esto lo impediré. (Sacando una daga de su seno.) Quédate aquí (Dejándola junto a su lecho.) ¿Y si fuera eso una ponzoña que arteramente me hubiese deparado fray Lorenzo para darme la muerte, por miedo a la deshonra que le causaría esta nueva boda después de haberme casado en secreto con Romeo?... Pero no, no es posible, pues

siempre ha dado pruebas de ser un santo varón. ¡Lejos de mí tal pensamiento!... Y si una vez depositada en la tumba, me despierto antes de venir Romeo a libertarme? ¡Trance horrendo! ¿No habré de ahogarme entonces en aquel antro subterráneo, y morir sofocada por falta de aire puro? Y dado que viva, ¿no es posible que la aterradora idea de la muerte, al verme yo encerrada de noche en un tétrico panteón, en el cual por espacio de siglos se han ido hacinando las osamentas de mis antepasados, allí donde, cubierto de sangre, yace Tibaldo pudriéndose en su mortaja, adonde, según cuentan, a ciertas horas de la noche concurren los espectros en medio de pestilentes emanaciones y lanzando horribles chillidos. . ¿no es posible que se trastorne mi razón, y que en mi desvarío, empuñando a guisa de clava un hueso de mis abuelos, me hiciera saltar los desesperados sesos..? ¡Ah! ¿qué es lo que miro? Paréceme que veo el espectro de mi primo acosando a Romeo, que atravesó su cuerpo con una espada... ¡Tente, Tibaldo... tente! ¡¡Romeo, Romeo! Voy a reunirme contigo. Aquí está el licor... ¡Lo bebo a tu salud! (Bebe, y después de un momento de vacilación, cae sobre el lecho.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Una calle de Mantua

ESCENA PRIMERA

ROMEO

ROMEO Si puedo fiar en lisonjeras visiones, mis ensueños auguran próximas y faustas nuevas. Todo este día una insólita animación me eleva por encima de la tierra con pensamientos placenteros. Soñé que venía mi esposa y me encontraba muerto (sueño portentoso, que concede a un muerto la facultad de pensar), y con sus besos infundía en mis labios una vida tal, que yo revivía y me consideraba el más feliz de los mortales. ¡Ah! ¡Cuán dulce es la posesión del sér amado, cuando su sola sombra es tan rica en deleites!

ESCENA II

Dicho y BALTASAR en traje de camino; con látigo y botas de montar.

ROMEO ¡Ah! ¡Nuevas de Verona! ¿Qué ocurre, Baltasar? ¿No me traes alguna carta de fray

Lorenzo? ¿Cómo está mi señora? ¿Y mi padre está bien? ¿Cómo lo pasa mi Julieta?

BALT. (Bajando la cabeza con aire triste.) ¡Señor!...

ROMEO Di: ¿cómo está Julieta? Te lo pregunto otra vez, pues si ella está bien, nada puede ir mal... Estoy impaciente, ¡habla!

BALT. Entonces nada puede ir mal, pues ella está bien. Su cuerpo descansa en el panteón de los Capuletos, y su alma gloriosa vive con los ángeles.

ROMEO ¡Cómo! ¿Es posible...?

BALT. Yo mismo la vi depositar en la cripta de su familia, y sin dilación tomé la posta para instruiros de ello... ¡Oh! Perdonadme si os traigo estas dolorosas nuevas, puesto que tal misión me confiasteis.

ROMEO ¿Será verdad? Entonces reniego de vosotros, astros del cielo. (A Baltasar.) Tú sabes mi alojamiento. Procúrame papel y tinta, y alquila caballos de posta. Esta noche quiero partir.

BALT. Por Dios, calmaos, señor. Vuestro semblante pálido y descompuesto anuncia algún desastre.

ROMEO ¡Bah! Te engañas. Déjame, y haz lo que te ordeno... Pero ¿no tienes para mí carta alguna de fray Lorenzo?

BALT. No, mi buen señor.

ROMEO No importa. Vete y alquila esos caballos. Al momento seré contigo (Vase Baltasar.) Sí, Julieta; esta noche reposaré a tu lado. Tracemos los medios... ¡Oh mal, cuán presto te insinúas en el pensamiento de los hombres desesperados! Recuerdo un boticario (y por aquí cerca vive), a quien vi poco ha con andrajoso vestido y demacrado semblante, recogiendo hierbas medicinales. Sin duda, obligado por la acerba miseria que le consume, el infeliz, por un puñado de oro, me facilitará lo que necesito... Si mal no recuerdo, esta es la casa.

La puerta está cerrada... ¡Hola! ¡Ah de casa! ¡Boticario! (Llamando fuertemente a la puerta.)

ESCENA III

Dicho y el BOTICARIO, que entreabre la puerta y asoma la cabeza.

BOTIC. ¿Quién llama tan recio?

ROMEO Llégate acá, amigo. Veo que eres indigente. Toma: ahí van cuarenta ducados, y despáchame un veneno de acción tan rápida, que al instante caiga exánime aquel que, hastiado de la vida, llegara a tomarlo.

BOTIC. Poseo tales mortíferas drogas, pero las leyes de Mantua castigan con la muerte a quien las expenda.

ROMEO ¿Tan necesitado estás y tan lleno de miseria, y aun temes morir? El hambre se muestra en tus enjutas mejillas; la penuria y la estrechez asómanse famélicas a tus ojos, el mundo te mira con desdén; así que, no seas pobre, antes quebranta la ley y acepta este oro. (Presentándole un bolsillo.)

BOTIC. No mi voluntad, mi pobreza consiente.

ROMEO Tu pobreza pago, que no tu voluntad.

BOTIC. (Cogiendo de la tienda un pomito y entregándolo a Romeo con gran cautela.) Echad esto en un líquido cualquiera y bebedlo hasta la última gota, y así tuviérais la fuerza de veinte hombres, os despacharía en un instante.

ROMEO (Dándole el bolsillo.) He aquí tu oro, veneno más funesto para el alma y que causa más muertes en este mundo aborrecible que esas pobres mixturas que no te es lícito despachar. Soy yo quien vende a ti el tósigo, no me lo has vendido tú a mí. (Vase el Boticario.) Ven, cordial, no veneno; ven conmigo a la tumba de Julieta, que allá es donde yo debo hacer uso de ti. (Vase).

CUADRO II

Un cementerio, en medio del cual se levanta el panteón de los Capuletos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Entran PARIS y su PAJE, que lleva flores y una antorcha encendida.

PARIS Dame la antorcha esa. Ahora retírate y permanece a alguna distancia de aquí... Pero no, apaga esa luz, pues no quiero ser visto. Tiéndete al pie de aquellos cipreses y aplica el oído al suelo, y así ninguna planta humana pisará el cementerio sin que tú lo oigas. Si alguien se acerca, anúncialo con un silbido. Dame esas flores. Vete, y haz cuanto te dije. (Vase el paje.) (Llegándose al panteón.) Dulce flor, tu lecho nupcial siembro de flores; tumba querida, que en tu recinto encierras el perfecto modelo de la eternidad; hermosa Julieta, que moras con los ángeles, acepta esta postrera ofrenda de mis manos, que con funerarios tributos adornan tu sepultura. (Esparciendo las flores al pie del panteón.) (Oyese un silbido lejano.) Mi paje avisa que alguien se acerca. ¿Qué pie maldito vaga esta noche por la mansión de los muertos para interrumpir mis exequias? Encúbreme, noche, con tu velo por un instante. (Retírase.)

ESCENA II

Dicho, ROMEO y BALTASAR, con una linterna, un azadón y una palanca.

ROMEO — Dame ese azadón y la palanca de hierro. Atiende: toma esta carta, y por la mañana muy temprano, entrégala a mi padre. Ahora dame la luz y aléjate de aquí. Mas si tú, receloso, vuelves a este sitio para acechar lo que intento hacer, júrote por los cielos que voy a descuartizarte y esparcir tus restos por este hambriento cementerio.

BALT. — Voyme, pues, señor. No os incomodaré.

ROMEO — Así me probarás tu afecto. Toma este oro. (Entregándole un bolsillo.) Vive y sé dichoso... Adiós, buen compañero.

BALT. — (Por eso mismo voy a ocultarme cerca de aquí. Sus miradas me asustan y sus intentos me dan que recelar). (Retírase.)

ROMEO — (Acercándose al panteón.) Tú, detestable buche, seno de muerte, repleto del más exquisito bocado de la tierra, así fuerzo yo a abrirse tus podridas quijadas, y a despecho tuyo voy a atiborrarte de nuevo pasto. (Forcejea para abrir con la palanca la puerta del panteón).

PARIS — (Ese es aquel proscripto e insolente Montesco, que asesinó al primo de mi dama, y por tal crimen fué causa quizás de que sucumbiera de dolor esa bella criatura. Y aquí ha venido sin duda a cometer alguna torpe profanación con los muertos). (Adelantándose.) Cesa en tu sacrílego empeño, vil Montesco. ¿Ha de llevarse la venganza aun más allá de la muerte? Maldito villano, ¡date a prisión! Obedéceme y sigue, porque debes morir.

ROMEO — Sí, debo morir, y para ello vine aquí. Bueno y noble mancebo, no tientes a un hombre desesperado. Huye de aquí y déjame en paz. Te lo suplico, no te detengas, aléjate, y

di luego que la clemencia de un loco te instó a que huyeras de este sitio.

PARIS Desprecio tus conjuros, y aquí te prendo por felón.

ROMEO ¿Pretendes acaso provocarme? Entonces, ¡defiéndete, rapaz! (Pelean).

EL PAJE ¡Dios mío, pelean! Corro a llamar la ronda. (Vase).

PARIS ¡Ah! Muerto soy. (Cae.) Si en tu corazón se abriga la piedad, abre esa tumba y déjame al lado de Julieta. (Muere).

ROMEO ¿Quién será? Examinemos de cerca ese rostro. (Acercando la linterna.) ¡El conde Paris! ¡El noble caballero que había de casarse con Julieta!... ¡Oh, dame la mano, tú, que como yo mismo, fuiste inscripto en el libro del amargo infortunio! Sí, aquí te dejaré junto a esta tumba. ¡Qué digo tumba! ¡Ah, no! mansión esplendorosa, pues aquí descansa Julieta, y su hermosura hace de esta cripta un regio salón radiante de luz. (Romeo acaba de abrir la puerta del panteón, y aparece el interior del mismo. En el centro, sobre unas gradas cubiertas de paño negro con franjas de oro, se ve de través un lujoso féretro descubierto, en el cual yace Julieta enteramente vestida de blanco, coronada de flores y cubierto el rostro con un velo de gasa. El panteón está iluminado por una lámpara que pende de la bóveda y dos grandes candelabros, uno a la derecha y otro a la izquierda de la escena; en el fondo un gran crucifijo. Sobre el féretro, en la gradería y en el suelo se ven esparcidas algunas flores. Al ver a Julieta, Romeo cae de rodillas, sollozando junto al féretro; luego se levanta y contempla extasiado el semblante de su amada.)

ROMEO ¡Oh, amor mío, esposa mía! La muerte, que ha libado el néctar de tu aliento, ningún poder ha tenido aún sobre tu belleza. La enseña de la hermosura todavía ostenta su carmín en tus labios y mejillas. ¡Ah, Julieta idolatrada! ¿Por qué eres aún tan bella? Hasta de la muerte llego a tener celos, y

así quiero permanecer a tu lado para nunca más separarme de ti. ¡Oh, sí, Julieta! En este panteón fijaré mi morada, librando así del yugo de adversos astros esta carne hastiada del mundo. ¡Ojos míos, mirad por vez postrera! Brazos, dad vuestro último abrazo! Y vosotros, labios, puertas del aliento, sellad con un legítimo beso un contrato ilimitado con la muerte que todo lo arrebata! (Abraza a Julieta y le da un prolongado beso. Después saca el pomito de veneno.) ¡Ven, amargo conductor, ven, austero guía! Tú, desesperado piloto, lanza ahora de golpe, para que vaya a estrellarse contra los arrecifes, tu maltrecho bajel, cansado ya de navegar. ¡Brindo por mi amada! (Bebe.) ¡Así muero... con un beso! (Muere y cae sobre la gradería al pie del féretro de Julieta.)

ESCENA III

Dichos y FRAY LORENZO, con una linterna, un azadón y una palanca. Después la ronda.

LOREN. ¡Válgame san Francisco bendito! ¡Cuántas veces han tropezado con las tumbas mis añosos pies! Dentro de poco despertará Julieta, y forzoso será llevármela a mi celda, donde la tendré guardada en secreto hasta la llegada de su esposo... ¿Quién está ahí?

BALT. (Avanzando.) Un amigo vuestro.

LOREN. El cielo os bendiga. Decid, buen amigo: ¿qué luz es aquélla? Si mal no distingo, arde en el panteón de los Capuletos.

BALT. Así es, venerable padre; y allí está mi amo, a quien vos apreciáis.

LOREN. ¿Quién es?

BALT. Romeo.

LOREN. (Con gran sorpresa y ansiedad.) ¡Romeo! ¿Hace mucho que está aquí?

BALT. Más de media hora.

LOREN. Venid, venid conmigo.

BALT. No me atrevo, señor. Mi amo ignora que yo esté aquí, y me ha amenazado de muerte si me quedaba yo para acechar sus intentos.

LOREN. Quedaos, pues. Iré yo solo. (Apodérase de mí el espanto. Mucho temo un accidente funesto.) (Avanzando.) ¡Romeo!... ¡Ay de mí! ¿Qué sangre es esa que tiñe el marmóreo umbral de este sepulcro? ¿Qué significan estos aceros sangrientos y abandonados en esta mansión de paz? ¡Oh! ¡Paris bañado en sangre! (Entra en el panteón.) ¿Quién más? ¡Romeo!... ¡Oh, está pálido y sin vida!... ¿Qué hora despiadada es culpable de este lance desastroso?... ¡Ah! La dama se mueve.

(Julieta abre los ojos, se incorpora lentamente y aparta el velo que cubre su rostro, mirando a todos lados con inquietud.)

JUL. ¡Oh padre y consuelo mío! ¿Dónde está mi dueño?... Bien recuerdo el sitio en que debía yo hallarme; pero mi Romeo, mi Romeo ¿dónde está? (Óyese un lejano rumor.)

LOREN. ¡Silencio! Oigo rumor de gente que se acerca. Huye, señora, de ese antro de muerte y pestilencia. El hado adverso desbarató nuestros designios disponiendo que no llegara mi carta a manos de Romeo, y obligado por tan imprevisto contratiempo, he venido aquí solo a estas horas de la noche. Ven, huyamos de este sitio fatal. Junto a ti yace tu esposo exánime... Ven, hija mía, ven; no te detengas. La ronda se avecina. ¡Por Dios, Julieta! (Ruïdo dentro más cerca.) No me atrevo a esperar más. (Vase.)

(Julieta, al oir «esposo exánime,» baja del féretro y se queda pasmada mirando a Romeo con los ojos fijos y desmesuradamente abiertos. Después de unos momentos, respira con fatiga, como si tuviera oprimido el corazón, luego empieza a sollozar, y finalmente rompe

en una explosión de llanto y alaridos, y cae abrazando a Romeo.)

JUL. ¡Romeo! ¡Amor mío! ¡Esposo idolatrado!... (Sollozos prolongados. Luego va a coger la mano de Romeo y descubre el frasquito.) ¿Qué será eso? ¡Un pomito fuertemente apretado en la mano de mi fiel esposo! ¡Ah, lo comprendo! El veneno habrá sido la causa de su fin prematuro. (Cogiendo el frasquito y examinándolo.) ¡Ah, ingrato! ¿Todo lo apuraste, sin dejar para mí una sola gota benéfica que me ayude a seguirte? (Tira el frasquito.) Besaré tus labios. Tal vez haya quedado en ellos un resto de ponzoña. (Le besa.) Tus labios están calientes aún.

GUARDIA (Dentro.) Guía, muchacho. ¿Por dónde?

JUL. (Con sobresalto.) Oigo voces aquí cerca. ¡Ah! ¿Querrán separarnos?... ¿No, no, nunca! Nadie podrá arrancarme viva del lado de mi esposo querido. (Con rapidez y mirando inquieta en dirección de las voces.) ¡Pronto, pronto! Aquí está su daga. (Cogiéndola con mano temblorosa.) ¡Oh daga bienhechora! ¡Tú nos unirás para siempre, para siempre! (Se hunde la daga en el pecho con ambas manos.) (Lento, con voz cada vez más débil.) ¡Romeo! (Cae y abraza a Romeo.) ¡Dulce esposo mío!... ¡Romeo!... ¡Romeo!... (Muere.) (Entra la Ronda con armas y linternas, y se detienen todos al ver tan triste espectáculo. Entra Fray Lorenzo, se acerca al grupo de los amantes, y extiende sobre ellos las manos elevando los ojos al cielo. Todos los demás, dispuestos en torno de dicho grupo, doblan respetuosamente la rodilla. La campana del reloj da pausadamente la media noche.)

TELÓN LENTO

FIN DE LA TRAGEDIA

Desenlace de ROMEO y JULIETA según el arreglo del célebre actor Garrick.

(Romeo, después de haber bebido el veneno, abraza y besa a Julieta.)

JUL. (Suspirando.) ¡Ah!

ROMEO ¡Respira!... ¡Se mueve!...

JUL. ¿Dónde estoy? ¡Valedme, cielos!

ROMEO ¡Habla!... ¡Vive!... ¡Oh! Seremos aún felices. Mi buena estrella me resarce ahora con creces de todas mis pasadas amarguras... Levántate, levántate, Julieta mía, y deja que te arranque de ese antro de muerte, de esa mansión de horrores. Permite que infunda en tus labios espíritu vital y te retorne a la vida y al amor.

JUL. ¡Dios mío! ¡Qué frío siento!... ¿Quién está ahí?

ROMEO Tu esposo, Julieta mía; tu Romeo, que se ha remontado del abismo de su desesperación a los más inefables goces. Abandona, abandona este sitio, y huyamos juntos. (La saca de la tumba.)

JUL. ¿Por qué así me violentas? No, jamás consentiré. Podrán faltarme las fuerzas, pero mi voluntad es inquebrantable... No quiero desposarme con Paris... Romeo es mi esposo.

ROMEO (Se ha extraviado su razón. ¡Remedien los cielos su mal!) Romeo es tu esposo. Yo soy Romeo, y todos los adversos poderes de la tierra no podrán romper los vínculos que nos unen, ni arrancarte de mi corazón.

JUL. Reconozco ese acento. Su mágica dulzura despierta mi alma extasiada... Ahora voy recordando... ¡Oh dueño mío! ¡esposo mío! (Va a abrazar a Romeo, que apenas puede sostenerse.) ¿Te apartas de mí, Romeo? Deja que to-

que tu mano y guste el cordial de tus labios... ¡Me asustas! ¡Habla!... Déjame oir alguna voz distinta de la mía en esta tétrica cripta de muerte, o voy a desfallecer... ¡Sosténme!

ROMEO ¡Ay de mí! No puedo. Fáltanme las fuerzas, y he menester de tu débil apoyo... ¡Cruel veneno!...

JUL. ¡Veneno! ¿Qué dices, dueño mío?... ¡Esa voz temblorosa... tus labios lívidos... tus ojos apagados!... La muerte está en tu semblante.

ROMEO Sí; con ella estoy luchando. Los transportes que sentí al verte volver a la vida, atajaron por breves instantes su impetuoso curso, y sólo pensaba yo en la felicidad y en ti. Mas ahora la ponzoña corre por mis venas. No tengo tiempo para relatarlo. La fatalidad me ha traído a este sitio para darte el último, el postrer adiós, y morir contigo.

JUL. ¡Morir! ¿Fué traidor fray Lorenze?

ROMEO Lo ignoro. Te creí muerta, y loco de dolor ante tal espectáculo (¡oh, funesta precipitación!) bebí el veneno, besé tus labios fríos y hallé en tus brazos una tumba preciosa... Mas en aquel instante... ¡oh!...

JUL. ¿Y para eso desperté yo?

ROMEO Agótanse mis fuerzas. La muerte y el amor se disputan mi sér asiendo de mí con violencia;... me están despedazando. Pero la muerte es más poderosa... ¡y yo debo dejarte, Julieta!.. ¡Oh cruel, maldita suerte!... A la faz de los cielos...

JUL. ¡Deliras!... Reclínate sobre mi pecho.

ROMEO Los padres tienen corazón de pedernal; no hay lágrimas que puedan ablandarlos... La naturaleza aboga en vano... Preciso es que los hijos sean desdichados.

JUL. ¡Ay! Se me desgarra el corazón.

ROMEO Julieta es mi esposa... Nuestros corazones están íntimamente unidos... ¡Tente, Capu-

leto!... ¡Paris, suelta tu presa!... No tiréis así de las fibras de nuestros corazones... ya crujen... se quiebran... ¡Oh Julieta!... ¡Julieta! (Muere.)

JUL. ¡Espérame, espérame, Romeo! Aguarda un instante. El hado nos enlaza en muerte. Estamos unidos... ningún poder nos separará. (Se arroja sobre el cuerpo de Romeo, le abraza y besa con frenesí) ¡Romeo! ¡Romeo!... No respira... ¡Oh, si pudiese yo chupar el veneno adherido a tus labios!... ¡Ah! Aquí está el pomito... ¡Ingrato! Ni una sola gota me dejaste para que yo te siguiera! (Ve la daga de Romeo y la coge con afán.) ¡Ah! ¡su daga! Ven, daga bienhechora y enmohécete en mi seno. (Húndese la daga en el pecho, cae sobre Romeo, y muere.)

TELÓN

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La Ola gigante
3. El señor Conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El Rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los Miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de Príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
    Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El Alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El Rey Lear
30. Espectros
31. Las Cigarras Hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El Bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales
    ¡Justicia humana!
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
    Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El Místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El Barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta

Precio: DOS pesetas